

Ercole Lissardi
LA DIOSA IDIOTA

No hace mucho me dio por preguntarme a qué mujeres había amado realmente en mi vida. A partir de cierta edad, aunque siga siendo una pregunta nada razonable, se vuelve inevitable. Para mi estupor, ya que siempre me figuré a mí mismo como un gran amador, tuve que confesarme que no había amado realmente a ninguna. Las había querido, a algunas tierna y profundamente, pero no las había amado. No si se define al Amor como el gran arrebato del Ser que nos marca de una vez y para siempre. Y sin embargo... una vez desaparecida la polvareda del gran derrumbe, redoblando mi estupor, allí estaba todavía Gabriela, desafiante, el ceño fruncido –apenas un signo, una rayita vertical en el centro de su frente, pura como la de una máscara de teatro japonesa–, exigiendo que no sea injusto con ella.

Extraña exigencia -que en realidad me hacía yo a mí mismo, y que sé que ella jamás me haría- porque si una cosa no me merece la menor duda es que nunca amé a Gabriela. Imposible, impensable. Ni aunque ella misma se lo hubiera propuesto -cosa que seguramente no hizo nunca. Ni siquiera puedo decir que la haya querido. Ni siquiera puedo decir que me cayera simpática. Al contrario, si algo me resultó Gabriela fue, al principio, indiferente, y al final, perfectamente odiosa. ¿Cuál sería, pues, el estatus que me reclama –o, más bien, me reclamo- para ella, en este momento de empezar a rendir cuentas?

Durante años no le di bola ninguna. Hacía como si no sintiera su atracción. No que no la sintiera –es raro que una mujer no tenga con qué magnetizarme- sino que hacía como si no la sintiera. O, más bien, me permitía sentirla, pero como si fuera la atracción que cualquier mina bien hechita pudiera producirme. Y es que, en realidad, no me imaginaba, no quería imaginarme que la cosa fuera, o pudiera llegar a ser, de otro calibre. ¿Por qué me bloqueaba así? Porque Gabriela era, y es, aunque ya no vivan juntos, la mujer de mi mejor amigo –para llamarlo de alguna manera. Semejante circunstancia me exigía llamarme al orden, en caso de que fuera necesario: sí, está buena, pero es la mina de Gustavo. Y la última cosa que quiero en mi vida es ese tipo de enredos. Ahora bien: pongamos las cosas en sus justos términos: en realidad soy un tipo sin amigos. De manera que para Gustavo ser mi único y mejor amigo podría ser un mérito –nunca explicitado, por cierto, ni por él ni por mí-, pero también era un riesgo: porque cuando un tipo no tiene amigos es porque no sabe tener amigos.

Este relato, o esta explicación, o este lo que sea, promete ser difícil, intrincado. Si me enroso y encaro es porque tengo la convicción de que en esto hay algo que necesita ser dicho, no por mi bien, ni por el de Gabriela, ni por el de Gustavo, sino por el bien de la Humanidad. Concédaseme el beneficio de la duda para semejante motivación, y sigamos adelante. Durante años, pues, la ignoré. No consciente y deliberadamente, lo repito, sino más bien en forma automática, de oficio, digamos. De manera que cuando pasó lo que pasó tuve que mirarla, honestamente, como si nunca la hubiera visto antes. ¿Durante esos años, me había ignorado ella a su vez? Lo dudo, aunque no lo manifestara de una manera especial, más allá del mariposeo y del coqueteo universales que están en su naturaleza. Creo que, porque sí, o porque la excitaba mi indiferencia, pero ella estaba más atenta que yo a las potencialidades de nuestra cercanía. Lo creo simplemente porque, para que estas cosas pasen, en algún lugar tiene que haber alguna chispa, y en mí no estaba.

Hechos todos los descuentos, tengo que decir que el hecho de que Gustavo fuera –y en cierto modo siga siendo- mi mejor amigo, no es poca cosa para mí. Supongo que me une a él, más que el afecto, la admiración. Es un tipo brillante. Y siempre fue mi berretín creerme que los destellos de la verdad y del talento son lo único que en realidad me importa, por encima de cualquier otra cosa. Conozco poca gente, como Gustavo, tan culta, tan aguda para pensar –o sea, para atar cabos- y tan radical en su oposición intransigente al estado de cosas de este mundo –aunque su oposición tenga por verdadero objetivo que se le reconozca como Mente Suprema, cosa que, por supuesto, no logra. Lo más que consigue –y ya es una condecoración- es el ninguneo con que habitualmente se combate el talento en estas playas. De todas maneras, y para ser honesto, la atracción que me producen los destellos de su inteligencia apenas bastaría en realidad para menguar la atracción que los encantos de Gabriela pudieran producirme, si no hubiera puesto yo además en la balanza mi decisión –inconsciente, lo repito, de oficio- de ignorarla, por ser la mujer de mi amigo.

Bien: suficiente como para descargarme de culpas. Hablemos ahora de Gabriela. Aun coincidiendo en la necesidad de evitar los superlativos, que son a la vez lo más difícil de evitar y lo que más jode cualquier relato que se pretenda objetivo, debo decir que Gabriela tenía –y tiene, supongo, porque es algo que no se pierde- una cosa como de deidad. No de diosa primigenia, de esas con pechos pletóricos y con caderas como para

parir al mundo. No. Gabriela es más bien el tipo de diosa perfectamente capaz de pasar desapercibida. Porque su belleza era –y sigue siendo, de esto estoy seguro, porque el tiempo aparentemente ni la roza: cuando nos pasó lo que nos pasó andaba por los cuarenta y cinco años y parecía que estaba por cumplir treinta-, su belleza era y es, decía, del tipo que sólo son capaces de degustar los paladares más refinados. Yo, que no soy ni un exquisito ni un patán, la frecuenté años sin sospechar su belleza, y sólo se me abrieron completamente los ojos cuando me la mostró en toda su desnudez. Si, sólo cuando la tuve delante completamente desnuda, sin calcetines, ni anillos, ni broches en el pelo, sólo entonces comprendí la dimensión divina de su existencia carnal. A partir de ese momento y hasta que me la arranqué de encima, de la peor manera, nada existió en mí más que la necesidad de tenerla al alcance de la mano y sin testigos, cosa que en realidad sucedió demasiado pocas veces.

La piel de Gabriela es blanca como la tiza. Delicada al punto de que parece que cualquier rocecito pudiera desgarrarla. Parece como si nunca se hubiera bañado más que con leche de burra, como si nunca en su vida la hubiera alcanzado un rayo de sol, como si sólo estuviera a la intemperie al amanecer o al caer el sol. Delicadas redes azuladas emergen aquí y allá como joyas sutiles sobre su piel. Sus labios –los de la boca, los de la vagina y (perdón por la precisión) los del culo-, y también sus pezones, son de un rosado... indescriptible. Un rosado pálido, románticamente cadavérico, un rosado que da sed, ganas de beberlo, de atraparlo, de tenerlo en la boca, degustarlo y tragarlo. Su pelo es lacio, delicado, y negro como la noche más oscura. Casi por coquetería alguna hebra plateada, muy aislada, certificaba la autenticidad del color de sus cabellos. Blanco azulino, rosado melancólico, negro como la noche de las brujas, cierro los ojos, me sumerjo, me dejo ir en la embriaguez de sus colores, no existen esos colores en los cuerpos humanos, sólo en la imaginación de artistas delirantes.

Hundido en mi sillón, la contemplaba. En su cuerpo no hay rotundeces ni hay huesos marcados, no hay firmezas de amazona, sólo hay la perfección de las proporciones y la dulzura de movimientos del cuerpo entrenado para mostrarse, para ser mostrado. No quiero ser poético al describirla. Sería delegar en la imaginación del que lee la tarea de representársela, tarea en la que inevitablemente fracasaría. Lo que quiero es ser preciso. Y eso no es fácil. Las formas de Gabriela, por ejemplo, son la pura idea del cuerpo de mujer. Sin atributos. Sin voluptuosidad, sin maternidad, sin pecado original, sin

pornografía, sin política. Nada. Y eso me seducía. Absolutamente. Como puede seducir, como seduce el Hombre de Vitruvio. La belleza del cuerpo en estado puro, sin adjetivos y sin atributos. Está de pie, en medio de la sala, desnuda. Se deja mirar, relajada y ausente, mete los dedos en el cabello, lo levanta como para hacerse un moño, me mira, mira hacia el ventanal que da a la noche y al mar. Sabe que es bella y que yo he terminado por padecer su belleza, y le parece natural que pueda pasarme ratos interminables mirándola. Como si yo fuera el pintor y ella mi modelo favorita. O sea: como si ella fuera, en realidad, el producto de mi imaginación. Le ordeno que camine, que se detenga, que me de la espalda, que se incline hacia delante, que separe los pies, que se abra las nalgas, que se abra el sexo. No puedo creer que sea tan hermosa. Y tan dócil a mi capricho. Vagamente empecé a comprender que se alimentaba de mi mirada, de esta mirada que se ha rendido incondicionalmente a su belleza.

No todo, pero sí algo, mucho probablemente, se jugaba en la mirada. En el éxtasis de mirarla, en el éxtasis de ser mirada. El apartamento –así lo heredé- estaba lleno de espejos. Eso la fascinaba. Me doy cuenta ahora de que fue cuando me mudé a ese apartamento que se resistió menos a venir a mí. No había pared libre sin espejos. En la sala un espejo cubría completamente una pared. Desnuda se miraba, me miraba mirarla. Desnuda como está, vestido como estoy, le pido que se incline hacia delante, lo hace, apoyándose en el respaldo de una silla. Saco el miembro y la penetro, de una vez, sin contemplaciones. Nos mira, de pie, de cuerpo entero en el espejo enorme de la sala. Evita mi mirada. Es el conjunto lo que la fascina. Nunca visto. Nunca un espejo tan grande. Ella desnuda, y el hombrón, vestido, prendido de sus caderas, cogiéndosela. Acelero la cogida. Mira con ojos que no creen posible tanta belleza. Cogida por el hombrón vestido. Yo no existo, sólo soy el fogonero que aviva sin cesar el fuego que la recorre. Hasta que no puede más. Tiembla. Jadea. Entonces me detengo. Me aguento. No me dejo ir. Me retiro. Comprendo ahora que eso era lo que la sometía. Que no acabara la sometía. Hacía de ella mi esclava. En el fondo no quería serlo. Pero no podía con ese gesto mío de retirarme, arropar mi erección, cerrarme el pantalón, alejarme para servir más vino blanco, frío. Haciéndole sentir que no tengo ningún apuro. Que va a ser toda la noche, la noche entera.

El rostro, la cara de Gabriela. Líneas clásicas, depuradas, nítidas. Destaca la frente amplia, pura, delicadamente abombada. Expresa espiritualidad e inteligencia. Nunca

dulzuras ni insinuaciones en su expresión. Nada mujeril. Nunca maquillajes. ¿Para qué con esa piel, con esos labios? Lo que naturalmente expresa su rostro es dignidad, firmeza, carácter, integridad. Y ella es todas esas cosas, hay que decirlo –o al menos, no estoy dispuesto a desmentirlo–, y no es poca cosa. Cuando pienso en su rostro, además de esa su expresión facial natural, recuerdo otras tres. Cuando está en público demasiado a menudo la expresión se le afea con una mueca que es algo entre el temor y la sospecha. Algo en los ojos y en la boca. Como si todo le mereciera desconfianza. Como si su primera respuesta en cualquier circunstancia fuera “me estás cagando”. Después le conozco la risotada. En confianza, en la intimidad, cuando algo la divierte suelta una risotada. No trina en su garganta una risa deliciosa. Se ríe con una risa grosera, de mina canchera. Y está, finalmente, secreta, esta otra cara, la del espejo cuando me la estoy cogiendo, la de mirar nuestros cuerpos por sobre el hombro cuando le doy desde atrás. En esta cara hay una mirada que no me ve, que sólo tiene ojos para sí misma, que mira hacia adentro, pero sobre todo hay un descomponerse, un corromperse de su expresión natural. Como si una fuerza interior irreprimible fuera a romperle la cara en mil pedazos, cosa que, en realidad, no terminará de suceder.

No consigo recordar con precisión cómo fue que se desencadenó la cosa, cómo fue que empezamos. Así como recuerdo con absoluta precisión cada cópula, el resto de nuestra relación ha sido envuelto por la bruma hasta casi borrarse por completo. Fue, sin duda, después de mi divorcio. Vivía solo. Ya por entonces sabía que la pareja de Gustavo y Gabriela estaba en crisis. Bastaba que él se tomara una para que recayera en la letanía según la cual ya no le podía aguantar la cabeza a su media naranja. Quizá porque las cosas no le salían como quería y se sentía frustrado y hastiado, no soportaba tener –según él– que recordarle todos los días la maravillosa princesita que era. Después, al azar de los retazos de confesiones por parte de uno y otro –de Gustavo y de Gabriela–, fui comprendiendo que no menos ella le aguantaba la cabeza a él, recordándole que, más allá del ninguneo que padecía, él era el genio de la comarca. Debo decir que en esta tarea también yo estaba enrolado. A saber por qué. En parte por convicción, seguramente. En todo caso, digna, y siempre correcta y amable, y todo lo que se quiera, pero Gabriela actuaba la diva, era su segunda piel, la dama alada, una mezcla delicada de frivolidad y recato, una actitud de sobrevolar olímpicamente las complejidades y miserias del mundo. Y no porque su vida hubiera sido entre algodones, para nada, por lo que sé la sufrió como cualquier hija de vecina. Pero ella era así. Diva, princesa, alada.

No en vano, y aunque dijera que sólo casualmente, miraba el programa de Susana Giménez. No quiero decir que fuera Gabriela rematadamente tilinga, pero sin duda que le huía a pronunciarse sobre las complejidades de la existencia. Nunca la oí decir nada especialmente inteligente, o sagaz, algo que demostrara una comprensión aguda de alguien o de algo. Eso no significa nada, por supuesto. No significa que no fuera capaz de pensarla, aunque no lo dijera. Al fin y al cabo se puede ser brillante y discreto.

Callarse la boca, y cuanto más, mejor, es una forma de la inteligencia.

Creo recordar que me había comprometido a darle a Gabriela mi opinión acerca de algo que ella había escrito. Anche io sono pittore. Y que para tal fin habíamos convenido que vendría a mi apartamento. No creo que mi invitación no escondiera segundas intenciones. Había habido ya seguramente alguna insinuación. Quizá una nuca fugazmente apoyada en un hombro, o en un muslo, una noche de primavera, mirando las estrellas los tres en el jardín de la casita en que vivían. No mucho más. De hecho no recuerdo una sola ocasión en la que hubiéramos estado solos, sin la presencia de Gustavo, antes de que pasara lo que pasó. Como quiera que fuera, ella fue a mi apartamento una tarde. No era el apartamento de los espejos todavía. ¿Qué pasó? ¿Cómo fue que pasó lo que pasó? No lo recuerdo, en absoluto. En cambio sí recuerdo la parte penosa de aquel encuentro. Fue un fiasco. Una mierda. Desde el principio supe que el cuerpo no me iba a responder. No recuerdo que hubiera una negociación larga ni complicada para llegar a los hechos. Más bien como que ella sabía mejor que yo a qué venía. Si hablamos tres minutos de algún escrito suyo, fue demasiado. Creo recordar, estoy casi seguro, que ella se sentó sobre mi muslo, sobre el izquierdo. Seguramente tironeé un poco de ella para que lo hiciera. Y que nos besamos y que le abrí la blusa y le toqué las tetas y se las besé. Me parecieron hermosas, pequeñas, bien formadas, inmaculadas, con los piquitos suaves y rosados. Y debo de haber comprobado ya esa primera vez la sensibilidad que tenía hacia sus pechos, lo que la erotizaba que los acariciara y me llenara la boca con ellos. En realidad no recuerdo cómo fue que llegó a sentarse en mi muslo. ¿Hubo palabras? ¿Se encontraron nuestras manos? ¿Fue un impulso de ella sentarse? ¿Fue antojo mío traerla hacia mí y sentarla? Sea lo que sea, sí sé que no hubo resistencia alguna, negociación alguna. Fácilmente aterrizaron en la cama y le saqué los pantalones. Conseguí penetrarla, pero con el cuerno miserablemente blando. En estado de pánico traté de conseguir alguna consistencia acelerando la cogida, pero lo que conseguí fue una espantosa eyaculación precoz. “No, no puede ser”

recuerdo que me lamenté cuando me di cuenta de que no podía frenar la eyaculación. “Con todo lo que deseé este momento” dije después, quizá mintiendo, quizá diciendo la verdad, seguramente escondiendo la cara. Ella me consoló. “No importa” dijo, toda una dama. “Estuvo bueno”. Esa vez, habiéndola tenido sólo a medias desvestida, y conmovido por el fracaso, para nada tuve noción de lo hermosa que era. No hubo mucho más. Me dijo que tenía un compromiso. Que Gustavo la esperaba. La dejé ir sin más. Ni por todo el oro del mundo lo hubiera intentado otra vez en ese momento. Necesitaba pensar. Comprender. ¿Qué había pasado? No era en absoluto algo que me fuera frecuente. Alguna vez antes, quizás, si, alguna vez que ya ni recordaba. ¿Entonces?

Mi divorcio, la separación más bien, era reciente. Era un momento difícil para mí. Creía aún amar a mi ex. Al menos eso creía. Estaba sin duda acostumbrado a su cuerpo, a sus maneras, a ella. Habían sido años de matrimonio, de fidelidad. Eso por un lado. Por otro, Gabriela era la mujer de Gustavo. ¿Lo estaba traicionando? ¿Mi conciencia moral me inhibía? Desaparecí. No podía ni quería verlos. Pero cogérmela, ahora que sabía que estaba más que dispuesta, se convirtió en una obsesión. Mi desesperación creció y creció. Pero no me atrevía a intentarlo otra vez. Recurrí a la amistad. A un cuerpo amigo que me demostró que aquello no había sido más que un mal momento. Finalmente junté ánimos y la llamé. No se fingió arrepentida del desliz. No mostró desinterés ni decepción. La cita quedó de inmediato concertada.

Fue como una película muda. En la ansiedad de la espera, yo me había tomado más de una. Me sentía Superman. La demostración amistosa me había devuelto esa confianza inoxidable que es mi estado normal. Sin decir palabra, enseguida, estuve sobre mis rodillas. Nos besamos hasta tener las trompas coloradas. Le subí la camiseta. Me puse a trabajarle las tetas, como loco. Se las mordí. Por pura intuición, pura inspiración. Se derritó de gusto. Hundiéndole los dientes en las aureolas alcancé el colmo de la erección. La empuñó por encima de la ropa. Jadeaba con los dientes apretados. Como furiosa. Yo, orgulloso como un titán. Ahí estaba, enhiesta, apuntando al infinito, la cosa con la que había fracasado. “Te deseaba demasiado el otro día ¿entendés?” gruñí en su oído. Hizo que sí con la cabeza. Sin mirarme a los ojos. Se empeñaba, en ese momento y siempre, en no mirarme a los ojos. Abro el pantalón y se la pongo en la mano. La cara se le retuerce en un rictus de avidez. ¿Qué se puede hacer en semejante momento? Aunque no lo había pensado de antemano, la invité,

presionando sobre sus hombros, a que se arrodillara entre mis piernas. Se llenó la boca de una vez, hasta la garganta. Resopla por la nariz como si se asfixiara. No lo podía creer. Gabriela chupándome la pija. Años de conocerla y no me había atrevido ni siquiera a imaginar esto. Frío, de pronto. Frío como un cuchillo. Me relajo. Mirándola hacer me sirvo vino –blanco, frío, dulce, como sabía que le gusta a ella- y bebo. Me enciendo un cigarrillo. Ella está como estaqueada. Se la clavó en la garganta y ahí la dejó. Entonces comprendo. No sabe chupar una pija. ¿Cómo es posible semejante cosa? ¿Cómo una mujer de su edad, y deliciosamente apetecible no sabe chupar una pija? ¿Será posible que no se la chupe a Gustavo? Absurdo. “Lamela” le digo. Suelta la presa. Enhista como un roble, brillante por la baba, mi verga es un verdadero canto al vigor maduro de la naturaleza. La lame, despacito, de abajo a arriba, sin arte, apenas torpemente. “Los huevos” le digo sacándolos fuera de la bragueta. Obedece. Golpecitos de lengua. “Chupalos”. Se esfuerza, pero son demasiado grandes para su boquita. Le ofrezco su copa. Bebe sorbitos. “Ahora ponétela en la boca otra vez”. Lo hace y la frescura en su boca me hace suspirar de delicia. La saco y se la paso por la cara. Piensa que le voy a acabar así y cierra los ojos. Le fustigo los labios y las mejillas con la verga tensa. Mi sensación dominante es el estupor. ¿Cómo es posible, cómo es posible esto? me pregunto.

De hecho cada vez que me cojo a una mujer esa es mi sensación dominante: el estupor. ¿Cómo es posible que nuestras voluntades coincidan en darnos mutuamente esta cosa absurda que es coger? Supongo que no soy el único que padece este desconcierto. Pero con Gabriela el sentimiento era multiplicado. Nos habíamos visto dos, tres veces por semana durante años sin que jamás la más mínima insinuación se hubiera cruzado entre nosotros. Y ahora, de repente, esto, así. La tal calentura. Como si hubiéramos, en realidad, estado esperando impacientemente el momento y como si siempre hubiera sido inevitable que el momento llegaría. Vamos al dormitorio. Cogemos en la penumbra. Apenas un resplandor entra por la ventana. No enciendo la luz porque no hay más que una lamparita pelada colgando del techo. Es que sabía que viviría poco tiempo en ese primer refugio de divorciado. No me preocupé de hacerlo habitable. Sólo los muebles indispensables. Pero ya en la penumbra empiezo a darme cuenta de la belleza de su cuerpo de alabastro. No ha tenido hijos. Tiene la concha delicada y apretada de una muchachita. Pero profunda. La hundo hasta los pelos. Suelta una exclamación al sentirse completamente invadida. No sé cuánto tiempo la estoy

cogiendo. Despacio. Suave. Fuerte. Suave otra vez. Sin decir una palabra. Como si fuéramos dos muditos. Siento que se abre completamente, se entrega a la cogida. Flota como yo en la nube del placer. Pero no acaba. La pongo en cuatro. Le suelto una tanda ruda, grosera, interminable. Ronronea, jadea, gime. Pero no acaba.

¿Cuánto tiempo estamos cogiendo? No lo sé. Pero siento que estoy completamente en control y que no quiero acabar, que sólo quiero estar así cogiéndomela hasta que diga “Basta”. Ha anochecido. Ahora sólo hay el resplandor que llega desde la sala. La veo volverse para mirarme por sobre el hombro. El resplandor le da justo en la cara. Tiene los dientes apretados. Quiere más. Quiere morir así. Me retiro y le muestro la verga de acero en la que ha venido a ensartarse. “Qué guacho sos” dice entre dientes, con una sonrisita torcida en los labios. La blando delante de sus narices como su fuera una espada. “¿Entendés” le digo “que el otro día te deseaba demasiado?”. “Si” dice. “Vení, montate” le digo y me tiendo de espaldas en la cama. La coloca en posición y se deja caer encima. Suelta una “a” retorcida y deliciosa. Se frota contra mi pubis con fuerza, como si se estuviera rascando el fondo de la vagina. Ahora sí que grita. Ella sabe, por supuesto, dónde le pica. Allá en el fondo. No galopa, no cabalga, completamente clavada se frota como para sacar chispas. Suda a mares. Un sudor frío, helado. “Estoy abusando de vos” gruñe desde su garganta estrangulada por la tensión. Creo seguirle la cabeza diciéndole que sí, que está abusando de mí, que me gusta, que lo haga. Me coge así, apretada, hasta que me duele el pubis. No consigo darme cuenta si tiene un orgasmo, pero me doy cuenta de que llega a un punto en el que está completamente agotada. La desclavo, casi inerte ya, como una muñeca de goma. La pongo en cuatro otra vez y le suelto una tanda enfermiza de tanta saña. Me doy cuenta de que tengo que acabarle que no podemos seguir así. Siento que por dentro la vagina está como inflada, la verga me baila en su cuevita, las paredes están duras y tensas como el parche de un tambor. Acelero tanto que es inevitable que me vacíe. “¿Dónde acabo?” le gruño. “Adentro” dice. Y me voy. Una acabada lúcida, sin pérdida de energía, sin pérdida de erección, sin commoción. Apenas una escala técnica. Me doy cuenta ya, esa primera vez, que nunca voy a poder saciarde las ganas que le tengo, que le tenía sin saberlo.

La cubro con la sábana. Con una cobija. Se acurruca. Pregunta qué hora es. Enciendo la luz. Son las ocho de la noche. “Tengo que irme” dice. “Le dije que venía a verte. No puedo llegar a cualquier hora. No quiero que sepa”. Elude mirarme. Siempre elude

mirarme. No recuerdo ni un momento estelar en el que nuestras miradas se dijeron cosas. Habíamos estado dos horas largas cogiendo. “Qué locura” dice. “Un minuto más” le pido. Siento la necesidad de que nos digamos algo, de que nos toquemos con palabras. Pero en ese momento –tengo clarito ese instante en la memoria, como si fuera ahora- me doy cuenta de que no tenemos nada que decirnos, nada de qué hablar, ni lo tendremos nunca. Cetera intuición. Nunca tuvimos de qué hablar. Nunca hablamos de nada. Siempre fue forzado decir algo, lo que fuera, boludeces. Entonces, lúcido como estoy, porque la cogida demente me ha dejado hiperlúcido, comprendo que sólo podemos hablar de él. Y que está bien hacerlo. Está bien para poder estar con ella, para que se sienta a gusto, para que dure, para que se siga entregando a esto. Lo nuestro será un espacio secreto para ella y yo juntos, sus admiradores, los que le aguantan la cabeza. De todo esto me di cuenta en un instante, en ese mismo momento. Así es como aparecen las grandes certezas. No con una larga elaboración de pensamiento, sino en un chispazo. “Me dijo que ustedes están de hecho separados” digo. “Nunca vamos a estar separados. Eso es imposible” dice. “Siempre voy a estar cerca de él, sobre todo ahora, que se siente ignorado y vapuleado”. “Ya va a llegar su momento. Él es el mejor” le aseguro. Y así siguiendo. Él nos une. Nos hace cómplices. Podemos coger tranquilos. Somos tuyos. Totus tuus.

Todo estaba, pues, en ese primer revolcón bien logrado: las increíbles ganas que sin saberlo le tenía, su absoluta capacidad para entregarse sin reserva alguna a una buena cogida, para quemarse hasta los huesos en una buena cogida, y la unión espiritual, la sutil legitimación que en tanto amantes lográbamos a través de la admiración hacia él en la que comulgábamos. También con aquel primer revolcón comenzó algo que nunca cambió y que terminó por pudrirme la cabeza: el regateo. El perpetuo, irritante, humillante regateo. “Hoy tengo que ir a ver a mi tía”, “esta tarde viene fulanita a casa”, “me siento mal”, “estoy con gripe”, “tengo un ataque al hígado”, una y otra vez. Una y otra vez. Al principio me enojaba y no la llamaba durante semanas. Semanas para sufrir. Semanas para buscar suplente y sentirme frustrado porque era con ella y solo con ella que quería. Después aflojé. Oculté la irritación, la rabia. Me puse zalamero. Igual tenía que regatear y regatear. Pero cuando finalmente aceptaba y venía, era como si no hubiera habido infierno, era sin resaca, sin bronca, otra vez la gloria absoluta de cogérmela. Hasta que acepté que así era. Que era cuando a ella se le antojaba, o cuando ella tenía más ganas de coger que de tenerme mendigando, o cuando tenía tantas ganas

de coger que superaban a los escrúpulos que sintiera por estar poniéndole cuernos al amor de su vida, a su dios, a su genio. Nunca se explicó. Nunca me dijo por qué tenía que ser así. Tampoco yo era capaz de exigirle una explicación cuando la tenía conmigo. Cuando la tenía conmigo lo único que me importaba era cogérmela hasta el agotamiento absoluto, y llegado a ese punto, ya era invariablemente hora de irse corriendo, no fuera a ser que Gustavo fuera a darse cuenta.

Mi relación con Gustavo siguió tal y cual. Yo, el oyente devoto de sus infinitas disquisiciones sobre el tema que fuera. Porque en todos era genial, o por lo menos, en todos había meditado con una pasión que en sí misma –al margen de cualquier criterio de verdad para evaluar los resultados- me resultaba envidiable. Por puro morbo, después del tercer o cuarto trago, a menudo lo hacía hablar de ella. Nunca dijo otra cosa sino que estaban indisolublemente unidos, de por vida, así se separaran. Para él Gabriela era una diosa, la quintaesencia de la belleza, la musa absoluta, etc, etc. No tengo duda de que a partir de determinado momento sabía que me la estaba cogiendo. Pero no tengo idea a partir de cuándo lo supo. Nunca dijo nada. Quizá porque de hecho ya estaban separados –aunque, como supe, dormían aún en la misma cama-, o porque esperaba que finalmente ella se mudara a vivir conmigo. O porque le gustaba ser amigo, ser íntimo del tipo que se cogía a su mujer. De hecho Gustavo es un tipo tan pagado de sí que no me hubiera sorprendido que una noche, pasado de tragos me dijera “Terrible mujer ¿no? ¿eh? ¿Alguna vez te habías cogido a una tan buena, a una diosa como Gabriela?”. Quizá ya desde el principio alguna vez lo hizo, quizás me dijo alguna vez algo por el estilo, y como bebíamos mucho, no recuerdo la circunstancia. Después, al final, sí lo hizo, ya veremos cómo y cuándo.

Llegar y sentarse en mis rodillas a beber vino blanco frío se convirtió en un clásico. Así empezaba siempre todo. Era como la contraseña, al menos para mí. Significaba que todo estaba bien, que el tiempo no existía, que todo iba a ser igual que la vez anterior, que las puertas del paraíso me habían sido abiertas una vez más. El infierno rabioso de la espera se desvanecía. Después era besarnos un buen rato. Besarnos, refrescarnos la boca con vino, seguir besándonos. Sus labios eran, son delgados y tan suaves que parece que uno se los fuera a desgarrar chupándoselos. Yo no soy muy besador. Siempre lo viví como apenas un trámite, una formalidad, una declaración de afecto antes de pasar a lo que realmente importa. Pero no era así con ella. Besándola sentía que podía decirle

sin palabras hasta qué punto la estaba adorando, hasta qué punto estaba entregado sin límite alguno a ella. Y ese lenguaje, por sobre todos los lenguajes, las mujeres lo entienden. Les encanta que se las bese hasta el desmayo. Sienten que un cuerpo puede ser más o menos igual que cualquier otro cuerpo, pero que ser besadas, es otra cosa, es algo personal, es una declaración personal e intransferible. Y estoy seguro que así lo vivía ella. Y así, besándonos alcanzábamos verdaderos éxtasis. Con nadie jamás en mi vida, ni con mi primera novia, tuve sesiones de besos como esas.

Después eran las tetas. No tardé nada en darme cuenta de hasta qué punto la calentaba que le hiciera –que le hicieran, supongo- las tetas. Bendito sea Dios. La primera vez fueron unos mordisquitos. Tipo “soy un salvaje y te muerdo las tetas”, pero sin morder verdaderamente, sin hincar el diente, sin buscar el límite. Pero comprendí que aquello realmente la excitaba, que aceptaría más de eso. De manera que ya la segunda vez la mordía en serio. Gritaba de dolor y de placer. Le mordía encima y debajo y en los costados de las tetas, y en las aureolas y en las puntas de los pezones, y gozaba como loca, y no hurtaba el cuerpo sino que sacaba pecho y apretaba los dientes y el rictus de su cara lo que decía era “dame más y más fuerte”, y cuando yo terminaba con una teta me ofrecía la otra. Se las dejaba en jirones, como si algún tipo de depredador le hubiera caído sobre el pecho. Santo Dios, aquello me ponía la verga como si fuera de puro hueso. Recuerdo que una vez –el encuentro anterior había sido, cosa rara, sólo pocos días antes- cuando llegó el momento y le desnudé las tetas las tenía cubiertas de moretones. “Tenés moretones” digo. “Si, claro” dice. Y examinándoselas agrega: “Van cambiando de color los moretones”. Yo no me había detenido a pensar que el desastre que le hacía le duraba una pila de días. “Pero duermen en la misma cama ¿él no te lo ve?”. Se encogió de hombros. “¿Y no te dice nada?”. “No”. Fue la primera vez que sospeché que Gustavo sabía de qué iba la cosa, supiera o no que era conmigo.

Las tetas de Gabriela decoradas de moretones. Nunca había tenido una mujer que fuera por el mundo con las tetas decoradas por mis mordidas. Sentía una especie de orgullo animal, malevo, brutal. Si algo llegó a compensar en alguna medida la humillación y la irritación que me causaba el regateo, era saber que estuviera donde y con quien estuviera apenas se abriera la blusa, dado el caso de hacerlo, quedaba a la vista que tenía un cabrón que la marcaba, como se marca a una puta, a una esclava o a una vaca. Era mi goce abyecto. Pero también, sin duda, el de ella, porque si no lo fuera

poco le hubiera costado evitárselo. Después de Gabriela tuve una mujer a la que traté de hacerle lo mismo. Ella comprendió de qué se trataba y cómo eso –supuestamente- me uniría a ella, como una especie de contrato. Pero no quería sufrir mis mordidas. Era un ser humano razonable. O cobarde. De manera que me explicó que si quería marcarla no hacía falta que la mordiera, que bastaba aplicar los labios y chupar fuerte, como una sanguijuela o una ventosa, que los vasos se romperían y el moretón aparecería. Lo hice una vez. No le encontré gracia. No lo hice más.

Nuestras encerronas seguían una rutina inalterable. Cuando terminaba con sus tetas, o sea, cuando las tenía tan coloradas como si se las hubiera quemado con un soplete, bajaba el cierre de mi pantalón y sacaba la verga. Gabriela la empuñaba con fuerza, la descapotaba, sus labios se endurecían y se adelantaban ansiosos, decía “Qué pija que tenés”. Se arrodillaba entre mis piernas. Su actitud espontánea era zampársela de una, como si se la quisiera tragar, y quedar colgada del éxtasis que le producía la completa intrusión. Tuve que ir enseñándole cosas. Cosas que expresaran algo más que una especie de furiosa adoración –no hacia mí sino, por cierto, sino hacia la Sagrada Verga, o más bien hacia la Sagrada Erección. Relajándose, bebiendo mi vinito, fumando, le indicaba ahora esto, ahora aquello. Ella obedecía sin mirarme, sin las carantoñas que a muchas mujeres les gusta hacer cuando tienen la verga en la boca, y que aprenden en los videos porno, seguramente. Gabriela lo único que miraba era la verga, o más bien la erección que tenía delante de las narices. Bizqueaba del arrobo. A veces le pedía que me masturbara. Sin palabras. Hacía que la empuñara y le guiaba la mano un poco. “Así” le decía cuando mucho. Y ella le daba. Despacio. Embobada. Mirando fijo, como el creyente que espera que brote la lágrima de sangre del lacrimal de yeso de la Santísima Virgen. “Más rápido” le digo y obedece. Y cuando ya está jadeando por el esfuerzo, agarrotado el antebrazo: “Ponétela en la boca, que voy a acabar”, y se la zampaba otra vez hasta la garganta y esperaba, quieta, el estallido. Que no llegaba. No, no llegaba. No por falta de ganas. Sino por temor a que, vaciéndome en los preliminares, no tuviera una segunda oportunidad, consecuencia de que Su Majestad decidiera que ya era tarde y tenía que irse, no fuera cosa que. No, no le acababa en la boca. Me aguantaba, decidido a recorrer toda la variedad de la cogida, hasta agotarla completamente y agotarme, hasta el desmayo, para sólo entonces dejarla ir. Cada tenida tenía que ser algo muy completo, algo que me dejara arrasado y sin ganas por un buen rato, de manera de poder aguantar hasta cuando su próximo capricho me fuera favorable. De hecho pocas veces acabé

fuerza del vaso natural, y las veces que lo hice fue al final del final de todo el catálogo. Y si aún al final del catálogo fueron pocas veces, tengo que decir que había una razón oscura y compleja para que así fuera: explotar, vaciarme, dejarme ir tenía que ser en lo más profundo de su ser, empalándola a fondo como para matarla. Eso es, como para matarla. Como si lo que quisiera inyectarle en lo más hondo del cuerpo fuera puro veneno.

Después pasábamos al dormitorio. Coger en la penumbra, ceñudos, mudos y desnudos, nuestras siluetas apenas delineadas por el resplandor que llegaba desde el baño o desde la sala. Con las pantorrillas sobre mis hombros, embistiéndola como un verdadero bruto. Oyéndola soltar grititos, espiando en su rostro –sus ojos cerrados, o mirándome sin verme- la gran tormenta del orgasmo que nunca acababa de llegar, que nunca estallaba completamente. “Pero qué guacho que sos” dice por fin, con el tono de voz de la tía que reprende al sobrino que se le ha echado encima con incestuosa vehemencia. La arrodillo al costado de la cama y, como el colchón es muy alto, me queda a la altura perfecta para darle por detrás. No tardo en agarrarla del pelo, con fuerza, le tiro del pelo mientras le doy puntazos de canalla, bien de abajo, como para llegar hasta donde se pueda llegar. Le doy y le doy sin medirme, seguro de que no voy a perder el control, de que no voy a acabar hasta que decida hacerlo. Llega un punto en el que no puede más y se deja caer sobre su vientre y rueda para alejarse de la máquina de coger, y aprieta los muslos y se retuerce en la cama como una serpiente. Break. Tiempo de descanso. Voy a buscar vino. Seguramente ya la segunda botella, que espera en la heladera. Le ofrezco de comer. Siempre tengo sandwiches o saladitos de Carreras cuando viene. Come algo. Me tiendo a su lado. Habla bobadas. Con buen ánimo. Habla de su tía, de sus sobrinos, de su hermano. Bobadas. Con el tiempo habla de su padre, muerto hace tiempo. De cómo cuando ella era niña él siempre estaba de viaje. De cuando la sacaba a pasear. Lo que decía me entraba por un oído y me salía por el otro. Lo que me gustaba era tenerla ahí, parloteando, desnuda. Sabiendo ella y sabiendo yo que no tardaría en seguir cogiéndomela. Me hablaba de él, de Gustavo, de lo miedosa que era su familia, de cómo siempre habían estado contra ella. Entonces, cuando estábamos bien aplacados y ya con una embriaguez livianita y reidora, empezaba a tocarla.

Ahí, así, en el intervalo, en la penumbra, fue que empecé a conocer su cuerpo. La recorría de punta a punta, sintiendo que mi mano era un ser vivo, con vida propia, autónomo, y ávido de su piel. Bendito sea Dios. Nunca había sentido tan intensamente tocar a alguien. No sabía que los dedos, ellos, los dedos mismos, pudieran sentir y generar –para sí, antes que nada para sí– tanto placer. Le tocaba los pies, los tobillos, las rodillas, los muslos, le metía los dedos en la concha, le palpaba los labios, le palpaba la vagina por fuera y por dentro, centímetro a centímetro, me llenaba las manos con sus tetas, con su cara, le metía los dedos en la boca, le tiraba del pelo con una mano mientras le cogía la boca con los dedos de la otra. Hasta que estaba enloquecida. “Ay, qué manos, Dios mío, qué manos” suspiraba. Y entonces, ahora yo panza arriba, la ponía a chuparme la pija. Se la metía hasta que con los labios rozaba mis pendejos, le aplastaba la cara contra mi pubis, y así empalada sacudía la cabeza, como si le vinieran estremecimientos, arcadas insoportables. Pero no se quejaba nunca. Bancaba todo sumisa, como si fuera parte de un contrato. Después se montaba. Completamente encastrada, vuelta a frotar su pubis contra el mío, hasta que me dolía. Yo apretaba los dientes y no me quejaba, no menos macho que ella. Sudaba a chorros, tan tensa que parecía que iba a romperse, a quebrarse, balbuceando que abusaba de mí, y yo diciéndole que sí, que aquello era abusar, y en cierto modo lo era, porque me dejaba el pubis dolorido, no por un rato sino durante días. Me acostumbré a acabar dándole por detrás. La posición ideal para preñar. Como si fuera a preñarla, como si quisiera preñarla, aunque sabía perfectamente que eso no iba a ser, porque ella no podía tener hijos. Uno de ellos, él o ella, me lo dijo alguna vez que pregunté por qué no habían tenido hijos. Ella fue la que me lo dijo, seguramente en alguno de aquellos intermedios parloteados. O él con algunos tragos encima. Preñarla era una especie de fantasía mía. Le sostenía el culo bien arriba agarrándola de las caderas y le inyectaba los torrentes de semen que había ido acumulando en los días interminables de la espera, y en las horas sin fin de la cogida. Pura locura, pura demencia. Pero así estaba la cosa. Con ella, con quien no podía tener un hijo, fue que comprendí que la última, la más profunda, la más definitiva forma de la posesión es preñar. De manera que cuando se iba y yo quedaba vacío, no sólo quedaba vacío de semen y de ganas de coger, también quedaba vacío espiritualmente, vacío y flotando en la nada, habiendo realizado, infructuosamente por supuesto, la última fantasía.

¿Qué pasaba en los días de la espera, cuando ella sistemáticamente encontraba una excusa para rechazar mis ruegos? ¿Qué pasaba aparte de desesperarme, irritarme, putearla y beber más de la cuenta? ¿Qué hacía ella? Dormían en la misma cama. ¿Cogían? ¿Podían no coger, con los años que tenían de pareja y desnudándose uno de cada lado de la cama? ¿Le daba gusto cogerla cuando se la devolvía hecha un trapo, cogida hasta el alma? ¿Le daba gusto cogerla viéndole las tetas arrasadas a mordiscos? Nunca se lo pregunté a ella. No tenía derecho a preguntárselo, por supuesto. Y si éramos cómplices en la admiración de nuestro genio ¿tendría lógica que pusiera cara de orto si ella le daba un poco de cariño a su genial amor, que sufría por tener demasiado talento en un país de mediocres? A él sí se lo pregunté, fingiéndome preocupado por la vida de pareja de mis amigos íntimos. “¿Pero cogen todavía o ya no hay nada?”. “A veces, muy de vez en cuando” decía, sin más, evitando el tema. A veces ¿cuándo? ¿Cuando la veía llegar hecha bolsa de coger conmigo? Al demonio con eso. Fue algo en lo que decidí no pensar. No valía la pena.

Recuerdo una de aquellas tardes dementes en el primer apartamento. Le había estado insistiendo para que viniera. Se negaba aduciendo que tenía un cumpleaños. Tanto me humillé que debí de haberle dado lástima y aflojó. “Voy un ratito. Minutos”. Siempre venía de pantalones, pero esta vez vino con un vestido cortito, con pantimedias. Emperifollada para festichola. No era, pues, una excusa. Yo estaba muy violento por dentro. Habían sido días y días sin verla. Pensé en apoyarla en la mesa, bajarle la bombacha, metérsela, darle hasta soltarle un polvo y decir: “Listo, ya podés irte”. No fue así. Fue una vez más el repertorio completo, interminable. Dos o tres horas cogiendo. Hasta que dijo “Basta”, se encerró en el baño, volvió a maquillarse. “Me voy” dijo al salir “estoy llegando a cualquier hora”. Piró cuando vio que cerraba el puño y me lo mordía a punto de explotar de pura rabia, como un tano vengativo. “Pero ¿qué te pasa?” preguntó, quizás asustada. Me abrí el pantalón y le mostré. Había acabado pero estaba otra vez empalmado, como hierro. “Estás loco” dijo. “Uno cortito” pedí. “No seas malo” pidió. Pero ya estaba haciéndole lo que había pensado hacer cuando llegó. La apoyé en la mesa. “Sin desvestirte. Así, rápido”. Fue la primera vez que supe que en la situación que fuera, el espectáculo de la pasión total, de la calentura descontrolada, podía con ella. El segundo polvo tarda, naturalmente, pero además yo no estaba realmente dispuesto a apurarme. Gimió, se estremeció, el cuerpo se le venció. No una vez. Una y otra vez. “Por favor” gimió “no me cojas más. Se van a dar cuenta”. Pocas

veces se fue del apartamento dejándome tan contento, tan a mis anchas. Sí, sin duda que se iban a dar cuenta de que venía de ser tan cogida como pueda ser cogida una mujer.

Pero a menudo pasaban semanas sin verla. ¿Qué hacer? No podía soportarlo. En una de esas sequías se me ocurrió una idea. Los invité a pasar un fin de semana en Atlántida. Ellos estaban mal de guita, de manera que yo asumiría todo el costo. Era un fin de otoño soleado y gélido. Alquilé una casa y allí marchamos. En mi agenda secreta incluía, por supuesto, la posibilidad de que el genio se fuera a caminar junto al mar, meditando sus maravillas, y me dejara un rato para por lo menos hablar con ella, explicarle que no podía soportar tanto tiempo sin verla. Las cosas sucedieron de otra manera. Por la noche preparé un asado a las brasas. Corrió el whisky a rolete. Después el vino. A cierta altura de la comilona calculé que él, con su poca resistencia al alcohol, terminaría por caer redondo, intoxicado de tanto beber. Estábamos en la mesa y en determinado momento Gabriela y yo nos miramos a los ojos. No tengo dudas de que pensamos lo mismo. Que en minutos estaríamos solos. Así fue. Al rato Gustavo roncaba, y Gabriela y yo, sentados frente a la estufa de leña, mirábamos bailotear las llamas. Ni nos molestábamos en conversar bobadas. Esperábamos que pasara el tiempo que exigía la prudencia. Dormía tan cerca que lo oímos roncar. Finalmente me paré y me acerqué a ella. Me miró. No dijo nada. Me acerqué más, hasta ponerle el bulto a centímetros de la cara. Puse la mano sobre su cabeza y la hice apoyar la mejilla contra el bulto. Se frotó. Pensé que una chupada podía disimularse si él aparecía. Bastaría con que, dado el caso, me pusiera rápidamente de espaldas a él. Abrí el pantalón. No tuve que indicarle nada. Se puso a chuparla, en el arrobamiento total, en éxtasis. Fue una chupada maravillosa. Cálida, intensa, mimosa. De las más hermosas que me haya proporcionado. La adrenalina producto de lo arriesgado de la situación resultó un condimento maravilloso. Lenta y seguramente me llevó hasta el punto de cocción. Lo más razonable era soltarle el semen en la boca. Le puse la mano en el tallo para que la meneara. Lo hizo. Yo hacía ya la plancha, en el ápice de la excitación. Pero allá en las alturas es donde habitan los demonios más exigentes. No me alcanzaba con eso. Quería cogerla. A lo mejor yo quería que Gustavo me viera cogiéndola, que todo estallara, que ya no tuviera excusa para no entregarse a mí completamente. Vaya uno a saber. La hice pararse, apoyarse en el sillón. Le bajé el pantalón y la bombacha y se la metí. No esbozó la menor resistencia. Ella tampoco soportaba aquella calentura sin una cogida. O ella también quería que Gustavo la viera cogiendo conmigo. Vaya uno a saber. Fue una cogida

fantástica. Perdí toda noción de la situación. Perdí toda noción de todo. Duró lo que duró. Demasiado para la circunstancia. Cuando sentí que, su cuerpo estaba ya laxo, vencido, y ella ya no culeaba, me solté. Después nos besamos. Verga y culo al aire. Despreocupados. Desafiando gustosamente a la fatalidad. Pero nada sucedió. Tomamos una más abrazados frente al fuego y se fue a dormir. En medio de la noche me despertaron los ruidos característicos de un polvo en una cama ruidosa. Me levanté, me acerqué a su puerta, que estaba cerrada y apliqué el oído contra la puerta. Oí los gruñidos de Gustavo. Quizá nos había oído, y se había excitado, y había exigido su débito. Me encerré en mi dormitorio y me metí bajo las cobijas. En el fondo no me importaba lo que hicieran. Yo había tenido lo mío. Pero no quería oírlos.

Así las cosas en la época del primer apartamento. La fiesta de la verga. El homenaje total de la verga a su cuerpo de diosa delicada y secreta. Pero también el más humillante regateo. Y la imposibilidad absoluta de decirnos una sola palabra acerca del sentido o las perspectivas de lo que nos pasaba. ¿Perspectivas? “Amo a Gustavo, las cosas van a cambiar, vamos a ser felices juntos, estar separados es impensable”. Amén, decía yo, amén, amén, amén, y me la seguía cogiendo, ateniéndome a la sabiduría según la cual a la muerte no hay que dejarle más que los huesitos. Las cosas cambiaron cuando me mudé al apartamento de los espejos. Sí, cambiaron. Para bien primero y para mal después. Lo primero que sucedió fue que las cogidas interminables se hicieron mucho más interminables. Mucho más dementes. ¿Por qué? No lo sé. Para empezar, quizás, porque el final de su convivencia se estaba haciendo más definitivo. Lo supe más por él que por ella. No tardarían en separarse completamente. Ella terminó por mudarse a un apartamento a pocas cuadras. A pocas cuadras de la casa de él y de mi nuevo apartamento, que a su vez distaban entre sí pocas cuadras. Quizá porque la convivencia de ellos terminaba, y luego terminó efectivamente, ella empezó a venir a verme ratos mucho más largos. Pronto la rutina fue que venía al anochecer y se quedaba hasta tarde en la madrugada, y luego hasta el amanecer, y luego hasta media mañana. Eso no significaba que llenáramos el tiempo más amplio con otra cosa, simplemente las cogidas se hicieron más y más interminables. Quizá sonaba a exagerado cuando decía que las cogidas en el primer apartamento duraban dos o tres horas. No exageraba, para nada. Y no era que esa fuera mi performance habitual. Para nada. Nunca en mi vida había cogido de esa manera, horas y horas sin parar. Para mí coger era lo mismo que para cualquier hijo de vecino. Un rato. Hasta Gabriela. Esa cosa de enchufarme y coger hasta

morir sólo me pasó con ella. Nunca volvió a pasarme. Enchufarme a su cuerpo era instalarme en un estado de perfección tal que finalizarlo acabando ni a mí ni a mi cuerpo se nos ocurría ni por un solo instante. Por más que las tuviera nunca pude realizar con ella fantasías comunes como vaciarme en una simple felación, o soltarle un quickie. Enchufarme era lo que quería, y enchufarme era trepar a la meseta y no estar dispuesto a bajarme por nada en el puto mundo. Si las dos o tres horas del primer apartamento suenan como una exageración ¿qué se pensará de lo que iba a pasar en el apartamento de los espejos?

Cuando me mudé al apartamento de los espejos nuestra relación estaba en el más profundo de los baches. No había venido a verme durante semanas. Estaba fuera de mí. Supongo que estaba en la fase crítica de la separación con Gustavo. Gustavo sabría que cogía conmigo. Ella quizá lo negaba. No querría arriesgar nada. Etcétera. Vaya uno a saber. Recuerdo que en el medio de ese maremagnum conseguí una vez que aceptara dar una vuelta conmigo en auto. En mi viejo Escort. Dios lo maldiga. La falta que me hace hoy en día. Salimos, pues. La llevé por la rambla. Siempre tratando de convencerla de que aceptara una escala en mi apartamento. Nada. Imposible. Un imposible que me sonaba a pura necesidad. Nadie se iba a enterar si nos encerrábamos un rato. Me detuve en una de esas vueltas de la rambla desde las que se ve una bonita postal de la ciudad y el mar. Era una tarde soleada y la rambla estaba llena de gente, caminando, en bicicleta, en skate, paseando al perro. Hablé y hablé tratando de que comprendiera que no podía más. Llegué a rogarle que fuera comprensiva, generosa conmigo. Todo inútil. Harto del regateo arranqué, furioso, la llevé a la puerta de su casa –aún la de su convivencia con Gustavo- y le dije “Adiós” como quien dice “Andate a la misma mierda”. Bajó y me fui a rumiar mi desesperación a mi rincón. En ese momento pensé que el suplicio había terminado. Que nunca más habría nada entre nosotros. Mucho después, ya en el apartamento de los espejos, retomado el romance, cuando todo ya parecía haberse encaminado para siempre, cuando estábamos en nuestro mejor momento, recuerdo que me vino algo como de reprocharle su estúpida crueldad para conmigo, y tomé como ejemplo aquel paseo en auto. Le dije que no teníamos por qué haber llegado a aquella ruptura que me partió el alma durante ya no me acuerdo cuánto tiempo, que yo podía comprender perfectamente la situación en la que estaba, que hubiera bastado con que me hubiera hecho una buena chupada de pija ahí mismo en el auto para ayudarme a bancar el momento, que eso me hubiera aplacado. “¿Y por qué no me lo pediste?”

respondió sencillamente. “¿Lo hubieras hecho, ahí en la rambla, a plena luz del día?”. “Claro”. Estaba yo tan loco como consecuencia de sus reticencias que perdía de vista aspectos esenciales de su personalidad, aspectos de los que yo había tomado ya nota sin lugar a la menor duda, como por ejemplo ese: que enfrentada a la verga erecta, a la pasión descontrolada –a la mía, quizá a la de cualquiera-, era absolutamente incapaz de decir que no.

Estaba todavía viviendo con Gustavo cuando la llamé por primera vez desde el apartamento de los espejos. Que viniera a conocer mi nueva morada era la excusa. Le aseguré que era un lugar especial, que valía la pena la visita. Era una excusa bastante obvia para no volver rogarle, una vez más, que viniera a coger conmigo, pero era la única que tenía a mano para retomar el contacto. Para mi sorpresa no puso ningún obstáculo. Cuando corté la comunicación caí de rodillas agradeciéndole con lágrimas en los ojos a la Divina Providencia que se hubiera apiadado de mí. Como dije el apartamento estaba literalmente lleno de espejos. No había espacio libre en la pared que no tuviera espejo desde el piso hasta el techo. En el apartamento anterior sólo había el del botiquín del baño. Odio los espejos. A saber por qué. Pero este apartamento lo había heredado así. Imposible volverse en alguna dirección y no encontrarse con la propia efigie. Lo otro que tenía el apartamento eran enormes ventanales sobre la rambla. Ventanales de vidrio dobles, de manera que hasta en invierno, con la losa radiante, podía uno andar desnudo por el apartamento sin sentir frío en absoluto. Gabriela piró con el apartamento. Sabiendo cómo es el alma humana, intuyendo en algo cómo es la suya, creo que en los momentos terminales de relación que estaba viviendo refugiarse en aquel palacio de los espejos, en aquel paraíso para narcisistas, era la manera adecuada para soportar el chaparrón. Gabriela había querido ser muchas cosas en su vida, sin conseguir ser ninguna. Había, en particular, querido ser actriz. Nada sé en concreto de ese emprendimiento. En alguna obra sé que actuó. No sé, ni quiero saber más. No me interesa demasiado. Pero su relación con los espejos, con mis espejos, arrastró sin duda la resaca de aquel deseo frustrado.

Quedamos en vernos a las nueve de la noche del sábado. Primera vez que la cita era nocturna, primera vez que era en fin de semana. Síntoma inequívoco de cómo iban las cosas con su media naranja. Me puse tan nervioso como si tuviera quince años y aquella fuera mi primera vez. Compré manjares para agasajarla. Puesto que venía de noche

estaba bien tener comida como para cenar. Me arremangué y limpié el apartamento. Recogí cada mota de polvo que hubiera en cada rincón. Rasqueteé las ranuras del parquet. Limpié con papel de diario embebido en alcohol azul –como lo hacía mi vieja– todos los espejos y los ventanales. Media hora antes de su llegada me zampé un farol de whisky y bailé unos rocanroles para convocar y para apaciguar a mis espíritus salvajes. Llegó totalmente puntual. Toda arregladita. Y en plan hola cómo andás y aquí no ha pasado nada. Como dije, piró cuando vio los espejos enormes –“Qué impresionante” dijo “es como una academia de danza”–, y también cuando vio los ventanales enormes sobre la rambla y el mar. Pero lo que la impresionó de los ventanales no fue el paisaje nocturno en ese momento. Sino que era como estar “en una vitrina”. No le impresionó todo lo que se podía ver gracias a los metros y metros de completa abertura al espacio, sino que estábamos como expuestos a todas las miradas. En ese momento no tomé nota del significado de ese matiz de reacción. “Hay espejos por toda la casa” le dije, llevándola hacia el dormitorio. “Ay” soltó de viva voz cuando vio el espejo de pared a pared en el dormitorio. “Ay” repitió dominada sin duda por la imaginación de lo que para su economía libidinal vendría a significar semejante espejo. “Qué locura” dijo, fingiéndose entre arrobada y escandalizada. Después se sentó en la sala a tomar vino blanco bien frappé y a parlotearme un sinfín de boludeces, como si fuéramos amiguísimos que no se han visto desde hace tiempo y tienen que ponerse al día. Un poco como fingiendo poner distancias, como no queriendo poner las cartas sobre la mesa aceptando sin más que venía a coger. Inútil y absurdo disimulo. Pero está bien, me dije, si es lo que necesita. Al fin y al cabo habíamos tenido una especie de ruptura y para ella era importante salvar quién sabe qué apariencias. Asumí con paciencia que tendríamos un aterrizaje muy gradual. Tiempo no nos va a faltar, pensé. Cuando se llega a las nueve de la noche el tiempo es lo que sobra.

“Estás preciosa” arremetí llegado el momento, cuando dejó que se instalara el silencio y mientras le servía la tercera copa. “Muchas gracias” dijo con soltura, como agradeciendo un piropo puramente protocolar. “Te extrañé” dije. “No me digas eso. Extrañar es feo”. “¿Cómo querés que te lo diga?”. “Decime que querías verme. Pero no que me extrañabas. Extrañando se sufre. Es feo”. “Bueno. Quería verte. ¿Vos querías verme?”. “Sí” concedió, modosita. “¿Mucho o poco?”. “Bastante”. Tendí la mano sobre la mesa y puso su mano en la mía. La tenía húmeda. Estaba pues, perturbada, emocionada. ¿Qué la perturbaba sino la inminencia de la cogida? No hablé más. Por

experiencia sabía que ese tipo de minucia era lo máximo que podíamos avanzar hablando de nosotros. Tironeé suavemente de su mano. Como un animalito adiestrado, sin necesidad de más indicaciones, se paró y vino a sentarse sobre mis rodillas. Nos besamos. Qué dulce era besarla. Mi conciencia se diluía y no quedaba en mí sino la delicia. “Gabriela” susurraba al despegarnos para respirar. Y volvía a sumergirme en su boca. “Hace calor acá” dijo, sacándose el saquito de lana, como si necesitara excusas para irse desvistiendo. Empecé a desabotonarle la blusa. Soltó una risita nerviosa pero no se opuso. Bajé las copas del sujetador liberando los senos. Impolutos. Nadie había estado masticándoselos en mi ausencia. Al menos no en los días previos a su visita. Tomó su copa y bebió mientras le besaba las tetas con absoluta delicadeza, respetuosamente. Comenzó a agitarse su respiración. Pero yo seguía con mis delicadezas. Con la mano libre levantó un seno ofreciéndome el pezón. Presioné delicadamente con los dientes, apenas una caricia de dientes. Gimió como si fuera a acabar. Como si se lo hubiera arrancado de un mordisco. “No seas malvado” gorjeó con un tonito como de maestrita de kinder. No pude más. La mordí como nunca y gritó como nunca. Eso quería, el dolor, las marcas, soportarlo todo inmóvil, como si estuviera atada. Eso era, como si estuviera atada. ¿Por qué nunca la até? Mordí y tironeé, como para desgarrarla, cada lado de cada teta. Temblaba como si fuera a derrumbarse. Quiso dejar la copa sobre la mesa pero temblaba tanto que no podía. Tuve que guiarle la mano. La abracé y le devoré la boca, cada vez más dulcemente, hasta que se fue aplacando.

Se paró. Se miró las tetas levantándolas en las palmas de sus manos. “Sos un guacho. Mirá cómo me dejaste”. Saqué la verga. Se quedó mirándola. Le tomé la mano y tironeé para que se arrodillara. Agarró la verga y la descapotó. “A usted sí que lo extrañé” dijo con mimo, como si le hablara a su gato. “¿No era que no se dice extrañar?”. “Callate”. Apretó la verga subiendo despacito hacia el glande, como exprimiéndola. Efectivamente consiguió que brotara una gota cristalina de lubricante. Se agachó entre mis rodillas para recogerla con la lengua. Nunca había hecho eso. Me pregunté si alguien se lo habría enseñado en el interín. Después se puso como loca, como de costumbre, y se la zampó garganta adentro. Logró controlar una arcada. Apretó con los dientes, suavemente en la base del tallo. La verga respondió hinchándose más y encabritándose en su boca. Su puso a lamerla y chuparla desde la punta hasta los huevos, refrescándose la boca cada tanto con un buche de vino. Era el momento para mí de beber y fumar mirándola hacer. Era eso y era así, y lo hacíamos como siguiendo un libreto, como si nos hubiéramos

puesto de acuerdo al detalle, como si fuera una representación. Ni me imagino qué hubiéramos hecho si no hacíamos lo que siempre hacíamos. El señor se bebe su vino y se fuma su cigarro mientras su esclavita, su putita le chupa la pija bien chupada. Una representación. Como la devastación de sus tetas. No una rutina, más bien un ritual –esa es la palabra-, rituales que habíamos construido y de los que ni pensábamos en separarnos, en quebrarlos, para construir otros, para nada.

Se puso de pie y se arregló la ropa. Encendió un cigarrillo. Cruzada de brazos, parada frente a mí, observa mi erección, que he dejado desnuda. Mira atenta, concentrada, como si observara crecer una planta extraña, monstruosa, de crecimiento acelerado, o algo por el estilo. Se muerde el labio interior y sacude la cabeza suavemente, negando, como si estuviera viendo algo que no puede creer. Me había extrañado. Lo supe en ese gesto. Me había extrañado mucho. Había extrañado la erección férrea, implacable, siempre disponible. Finalmente va hacia el ventanal. Se para de cara a la noche, a la inmensidad, a los autos veloces del sábado a la noche. Me paro detrás de ella. No sabía yo que iba a hacer lo que hice. Ni me había pasado por la cabeza semejante idea. Pero ella había ido a pararse ahí y era como si bastara con eso para que yo supiera, adivinara que había algo nuevo en el libreto. Un ritual nuevo. Le desabroché el pantalón y le bajé el cierre. “No, aquí no” dijo, sin énfasis. “Pueden vernos”. “No hay nadie. Nadie nos ve”. “Pero podría haber alguien. Podría vernos”. Eso era. Podrían. Eso le alcanzaba. “Estoy en mi casa. Puedo hacer lo que quiero” digo. Le bajo el pantalón y la bombacha hasta la mitad del muslo. “No” dice, tan dulcemente como si dijera “Si”. Presiono suavemente para que se incline hacia delante. Le tomo las manos y se las apoyo en el vidrio del ventanal. Le abro el sexo y me deslizo dentro. “No, no” dice y empieza a empujar con las nalgas contra mi vientre. Está completamente empapada, completamente caliente, me coge ella. Mira hacia un lado y hacia el otro del ventanal, buscando una mirada. “No puedo más, te voy a llenar de leche” digo. “¿Acabás?” le pregunto. No responde. Jadea y culea, sorda, sin importarle nada en el mundo. Le doy todo el rato que quiere, hasta que se aplaca. “Ahora acabo yo” le digo. “En tu boca”. Torpe, como mareada, se arrodilla y abre la boca. Me pajeo delante de sus narices. Se pasa la lengua por los labios. Jadea. “Acariciate” le digo. Lo hace, con dedos duros, tensos, torpes. “Ahora, tomá” digo y se la pongo en la boca. Chupa con ansia, se le hunden las mejillas. Se pajea con fuerza. Se sacude. Expira con fuerza por la nariz. Pero no acabo. Se la saco de la boca. Me mira con una mirada

estúpida, desconcertada, incrédula. Le castigo suavemente los labios con la erección. “Hay alguien mirándonos” le digo. Se para, no sobresaltada sino parsimoniosamente, y se arregla la ropa mirando hacia donde señalo. “No lo veo” dice. “Pero él nos ve” digo. Arropo al animalito, que sigue encabritado. Nos alejamos del ventanal. Bebemos. Estamos agotados. Se sienta sobre mis rodillas. Apoyo la cabeza sobre su hombro y respiro en su cuello, debajo de su cabello. Respiro su piel. Huele a diosa. “Uf, estoy mareada” dice. “Yo también”.

Escribo para revivirlo, para volver a vivirlo. No porque me parezca una buena materia prima para hacer literatura, sino por una razón estrictamente íntima: para volver a vivirlo. Porque sé -o supongo, o imagino, o calculo, o deseo- que lo nuestro se terminó para siempre, que nunca más vamos a retomar este vértigo. Podrá esto terminar siendo literatura, pero no es la intención, en absoluto. La intención es sólo volver a vivirlo. Pero al irse disipando la bruma del olvido, al ir redescubriendo el esplendor de cada momento, inevitablemente hay una distancia, mínima si se quiere, entre aquel fulano, yo, que vivía su vida, y este que avanza a tientas por el museo de su vida. Hay una distancia, y esa mínima distancia es, en la medida que sea, lucidez, comprensión. Aunque los hechos me atraigan a su vorágine y me obliguen a volver a vivirlos con la misma maldita intensidad, inevitablemente gotean un cierto entender lo que hacíamos. Quiero decir, por ejemplo: los rituales. Al vivirlos todo el horizonte posible era la intensidad del goce. Al revivirlos, también. Pero al revivirlos hay algo más, un plus, esa distancia que me permite preguntarme por qué ritualizábamos todo con tanta facilidad, tan inmediatamente, y me permite observar que entre unos y los otros rituales había una especie de hilo de Ariadna que me permite quizá, ahora, escribiéndolo años después, empezar a entender en conjunto qué significaban. ¿Debo detenerme y esforzarme por expandir ese entender? No. Me niego. Sólo quiero volver a vivirlo con toda su oscura, su demente intensidad. Para mi sorpresa, a medida que cuento, a medida que escribo, los recuerdos se hacen más vivos, más precisos, más intensos. Todo se me hace más evidente, aunque sea incapaz de dar cuenta cabalmente de esa evidencia.

La cama, mi gran cama, estaba puesta contra la pared que era, en toda su superficie, un espejo. Desnuda, de rodillas en el borde de la cama, apoyada en sus manos, Gabriela quedó mirándose a los ojos. La boca y los ojos bien abiertos, como un niño al entrar en Disneylandia. Fascinada en su Disneylandia privada. No me miraba mientras la cogía,

no a los ojos, nunca. Tampoco escondía la cara. Se miraba a los ojos. Veía el conjunto. Seductor, bello conjunto. Yo había comprado una portátil con pantalla de tela que bañaba la habitación y nuestros cuerpos desnudos con una penumbra dorada, muy suave, apenas suficiente como para hacer visible la corrupción progresiva de las delicadas líneas de su fisonomía a medida que la cogida se extendía en el tiempo, o más bien en el no tiempo en el que caímos, la corrupción progresiva de la pureza de sus rasgos al azar de los puntazos y los acelerones que le propinaba, al azar de los tirones de cabello, de los manotazos a las frutas delicadas que colgaban de su torso, de las ruidosas palmadas que de repente me salía soltarle en las nalgas, del pulgar que, finalmente, después de chupármelo le hundí en el culo sin que protestara en absoluto. Pasivamente se entregaba a un goce que cada tanto la hacía jadear y estremecerse sin alcanzar nunca el aquelarre del estallido orgásmico. Gabriela gozaba las interminables cogidas de punta a punta, seguramente las gozaba como un orgasmo infinito, pero prescindía del alboroto orgásmico. Quizá esa cosa sorda y callada de su goce era lo que permitía que las cogidas fueran interminables. Quizá si ella hubiera soltado el carnaval orgásmico me hubiera arrastrado en el remolino, y me hubiera sido imposible no acabar con ella. Mi experiencia, la de cualquiera, dice que los crescendos y los clímax son contagiosos. De esa manera, era como si la cogida interminable fuera una búsqueda del estallido imposible. Al final de la cogida imposible lo que me esperaba, lo que nos esperaba, no eran los fuegos de artificio, sino el agotamiento absoluto, el embotamiento, el vacío mental, el flotar en la nada, ingravidos, sonrientes como beatos o como estúpidos, carentes ya de toda pasión y de toda volición.

Así como éramos incapaces de hablar de nosotros, de lo que nos pasaba, de lo que vivíamos, de la misma manera nuestras miradas no se encontraban más que fugazmente, nunca hubo ese coger mirándose a los ojos que compromete al espíritu en las obras del cuerpo. En cierto modo ella no cogía conmigo sino con el hombre, con la verga, con lo masculino. Pero en ese sentido y por las mismas razones tendría que decir que yo no cogía con ella sino con la mujer, con la pura concha, con lo femenino. Era como si encarnáramos el uno para el otro, en estado puro, el principio opuesto. La ritualización, el no tiempo, la encarnación del principio opuesto, sin atributos subjetivos, en estado puro. Coincidencias absolutas, misteriosas, que no conocí, y estoy seguro que ella tampoco conoció, ni antes ni después. Lo único que me interesa es revivir, pero la

grieta, la fisura, la distancia hacen su trabajo, su goteo de lucidez que quizá no sirva más que para joder la perfección de lo vivido.

Break, vino, aflojarse. Después le lamo la concha, jugueteo con el clítoris, lo mordisqueo, se ríe como se ríe un niño al que se le hace cosquillas. Aferrándola por las corvas le abro las piernas, se las levanto, le incrusto la verga, tiene la concha seca pero no se queja, aprieta los dientes, le doy con fuerza, levantándole las piernas por las corvas la concha queda bien expuesta, a la altura justa, y penetro hasta el fondo, le propino una cogida de máquina, ambos con los dientes apretados, mirándonos como fieras, como con odio. Huye su mirada de la mía, pero el tratamiento es tan brutal que no puede no mirarme a los ojos, sudamos a mares, me doy cuenta de que no me importa si le estoy perforando las entrañas, cierra los ojos, abre la boca como para gritar, pero no grita, jadea, grita un grito mudo, mero susurro rasposo de garganta, y queda como muerta. Paro. Saco la verga. Abre los ojos y se queda mirándola. La tiene a centímetros de la cara. Roja, brillante, curvada de tan tensa. La dejo ahí. Como un desafío. Que haga lo que quiera. Pero no hace nada. No puede más. “Pero qué guacho que sos” dice, fingiéndose enojada, como si le hubiera arrancado a la fuerza un orgasmo que ya no quería. No me pregunta lo que siento que quiere preguntarme o que se pregunta: cómo aguento tanto. Es la hora de comer. Le traigo exquisiteces a la cama. Tratada como se merece. Como una princesa. Como una puta de lujo. Grititos de placer. Más vino. Son las doce de la noche. Nunca estuvimos juntos tan tarde.

Esa primera noche en el apartamento de los espejos, o quizá la segunda, o la tercera, hablamos de él. De lo mal que vive solo, del chiquero en que convierte sus habitáculos cuando vive solo, de lo mal que come. Suelta anécdotas de los comienzos de la relación. Finge desenvoltura, pero se le nota la angustia de la separación inminente. Me pongo a consolarla asegurándole que es una separación temporal, que todas las parejas pasan por momentos así, que él me aseguró –y no era mentira, lo había hecho, lo hacía apenas se le escarbaba el tema, especialmente si estaba bebido- que ella era la única mujer de su vida y que no habría ninguna como ella. Le hacía bien oírme, oírlo a través de mí. “Sí, yo sé que nuestra unión es indestructible”. ¿Yo quería separarla de él, traerla conmigo? ¿No? ¿Absolutamente no? Sin embargo, más adelante, a mi manera pero se lo pedí, lo intenté. Pero esta, mi estrategia básica, mi estrategia estándar –consolarla, asegurarle que la separación sólo podía ser temporal-, en realidad lo que buscaba era mantenerla a

distancia, a la distancia justa, digamos, como para seguir cogiéndola sin que se convirtiera realmente en parte de mi vida, sin que se viniera conmigo, sin que conviniéramos en convivir. Quizá porque mi divorcio era reciente, porque la herida me dolía todavía y, porque, por lo menos de la boca para fuera, nunca volvería a aceptar los infiernos de la convivencia. A ciegas, sin pensarlo demasiado, pero la idea mía era: ellos amándose pero a distancia, ella y yo a distancia pero cogiendo, él y yo amigos como siempre. Bonita ecuación, delicado equilibrio que duró lo que duró. Pero quizás, mientras duró, fue el momento supremo de mi relación con Gabriela. ¿Era indispensable para el Creador concebir algo tan retorcido como el alma humana?

Cuanto más frecuentes eran sus visitas, más duraban las cogidas, más nos deslizábamos hacia lo profundo de la noche. Yo, duro como una roca, ella, abierta, expuesto, boqueando como un animal voraz, el centro secreto de su cuerpo. Mudos como bestias. Incapaces de palabras. Ni siquiera palabras sucias destinadas a estimular la voracidad. Incapaces de pensamiento. La mente en blanco. Sólo viéndola, llenándome los ojos, incansablemente, con su cuerpo doblado, plegado, sometido a la furia de mi cuerpo. Sólo ojos y piel, y la electricidad que todo lo borra, y como mucho, como un eco, sonando en el vacío de mi mente una sola palabra: “divina, divina, divina”. Parábamos minutos, para no reventar, para no colapsar. No hubiéramos podido coger sin parar horas y horas, hubiera terminado por perforarle las mucosas. Después, decidido a no darme por vencido, reptaba hacia ella, para tocarla, para tocar cada centímetro de su piel, hurgar en cada pliegue, palpar cada mucosa. Le acariciaba la concha con toda la mano abierta, desde el monte hasta el culo, llenándome la mano de sensaciones, con la suavidad de su vello y con los labios abriéndose y cerrándose al paso de mis dedos. La acariciaba por dentro, con dos dedos, palpando milímetro a milímetro toda la cavidad. Ella cerraba los ojos. Me dejaba hacer. No hacía lo mismo conmigo. Tocarla se convirtió en otro ritual. Era la manera de regresar de una tregua. Nunca había tocado a una mujer así. Siempre había tocado de una manera pragmática, como parte del calentamiento, como trámite preparatorio. Sumariamente, digamos. Como cumpliendo. Para encenderla. Ahora era otra cosa, era un fin en sí. Era decirle con las manos, con el testimonio indiscutible de las manos, que su cuerpo era la cosa más importante que había en mi vida. Y era hundir cada dato de su cuerpo en lo más profundo de mi memoria para cuando no estuviera. Para cuando no estuviera porque se le antojara no verme, pero también, sin saberlo, para cuando no estuviera nunca más, o

sea ahora. Y como medida preventiva funcionó: ahora mismo siento en las yemas de los dedos su cuerpo, en cada uno de sus infinitos detalles. Las humedades, las texturas, las consistencias. Más profundamente, tocarla así, hasta el delirio, era también una manera completa, integral de poseerla, de poseerla de manera absoluta, de ejercer el derecho de posesión hasta la náusea, al menos durante el tiempo que durara el manoseo. Tocarla así era también, y esto era lo más secreto, lo que estaba en el centro mismo del ritual, comprobar que existía, que estaba ahí, para mí, que ese cuerpo que me daba lo que ninguno me había dado, no era una fantasía, no era una entelequia, una quimera. La banda sonora de este ritual sublime era, por supuesto, la más pobre posible. Cuando se está allá arriba en las alturas, flotando donde el aire es tan raro que ya ni se respira, las palabras suelen no despegar de las más elementales trivialidades. “Qué concha divina tenés”, “Qué tetas divinas”. Y ella: “Qué manos, pero qué manos”. Hubiera sido mejor el silencio, pero en momentos así es difícil optar por el silencio. Se vuelve uno imbécil y se necesita la miserable garantía de las palabras.

Me torturaba con su hueso púbico. Era otro ritual. El ritual de “estoy abusando de vos”. Realmente lo hacía, abusaba de mí, quizás no exactamente de la manera que ella fantaseaba por detrás de sus ojos cerrados, sino porque realmente me dolía el pubis por la violencia de su frotación. Pero nunca la detuve. Sufrí pacientemente, apretando los dientes. Porque sabía que en ese ritual ella se embarcaba en un viaje realmente grueso. Aunque fuera incapaz de darme una pista de a dónde iba a parar con ese viaje. Aunque yo fuera incapaz de imaginarlo. Frotándose, con las manos prendidas de mi pecho, con las uñas desgarrándome la piel del pecho, con los ojos cerrados y la boca abierta, concentrada en un punto elusivo o remoto, se iba tensando, bañada en sudor, hasta que parecía a punto de romperse como una rama seca, y hasta soltar ese brusco suspiro de alivio que suelta el que acaba de sacarse un enorme peso de encima, el peso de la vida, o el de la lápida, el de la tumba. Y entonces sí, más que nunca, más que en ninguna otra suerte, quedaba floja, laxa, derrumbada dentro de sí. En ese momento me parecía que podría tomarla en brazos y lanzarla por la ventana sin la menor resistencia. Y en ese momento, al sentirla casi sin tonicidad muscular, inerme, ingravida como un fantasma, entonces crecía en mí una especie de deseo brutal, asesino. Así, exánime le propinaba la cogida más brutal. Tomándola de los tobillos y levantándoselos hasta que su cuerpo casi colgaba como un cadáver, como carne en el gancho de la carnicería, abierta, blanda, sin poder hurtar el cuerpo ni un centímetro, le daba con toda la fuerza tan a fondo como

podía, sin parar, interminablemente, gozando de la impotencia de mi víctima para defenderse. “Mirame a los ojos” le exigí. Abrió los ojos y trató de hacer foco en los míos. No pudo. “Mirame” exigí. Otra vez lo intentó. Sin quejarse. Sin juntar fuerzas para escapar a la crueldad de la cogida, a la violencia desatada. “Te voy a acabar en el fondo de la concha, bien en el fondo de la concha” le decía. “Mirame ahora” le decía como si en ese momento fuera a acabar. Y ella se esforzaba por darme el gusto, por ponerme a foco, pero todo lo que conseguía era que en su rostro apareciera una expresión que no sé si era de miedo, o de desprecio, o si simplemente me decía “Dale, hacé lo que quieras, matame” -palabras que, lamentablemente, jamás y de ninguna manera y por ninguna razón habría de oír de sus labios. ¿Por qué no? ¿Por qué carajos no? ¿Por qué no se podía permitir decírmelo, eso o algo por el estilo? ¿Se lo decía a él? ¿O simplemente era algo a lo que una deidad no podía rebajarse? El pudor, la reserva, el guardar es lo propio de la deidad. No muestra su estallido orgásmico. No dice “Cogeme hasta matarme”. Ya bastante concesión fue en nuestro tiempo de coger que se permitiera, que no pudiera impedirse abrir la boca para decirme por lo menos “Guacho”. En esa palabra tuvo que estar todo lo que yo quisiera oír. No hubo más que esa. Ese esconder, ese callar fueron los ladrillos con los que fui construyendo la demencia de la cogida sin fin. Al acabar en el fondo de su cuerpo doblado como una hoja de papel y completamente expuesto y abierto, al vaciarme, al estallar, no sentía el mazaso, el apagón total, el alcanzar a la vez la luz y la oscuridad finales. Acabar en Gabriela, por más y más trabajado que estuviera el polvo, era quedar de cara al vacío, a la nada, era quedar con la verga dura como hierro, como si el verdadero polvo no hubiera empezado todavía.

Fue uno de esas primeras noches en el apartamento de los espejos que apareció el tema del culo. Inevitable, por supuesto, aunque mi deleite en su cuerpo a la manera rústica era tal que no me sentía acicateado por la voluntad de perforar nuevas fronteras. Sucedió sin proponérmelo y sin que ella se lo propusiera. Estábamos cogiendo, ella estaba un tanto ebria, no tanto de vino -o más bien, tanto de vino como de coger- cuando, estando entre sus piernas, mi boca en la suya, saqué la verga y la dirigí con mano artera hacia el otro orificio. Fue un gesto inconsciente, no tenía previsto hacerlo. Presioné de inmediato con las caderas, y me deslicé dentro con tanta facilidad que pensé que había fallado, que con un resbalón había ido a parar al santuario habitual. Tanteé aquí y allá comprobando que no, que estaba en lo profundo de su angosta vía. Que resultó no ser tan angosta. Nunca había cogido un culo tan dulce y tan dócil. Fue esta

una de las dos únicas veces que acabé con Gabriela en un plazo razonable -en ambos casos reinicié después desde cero, arrepentido de la premura, después de una breve instancia de revigorización. En este primer caso el abrazo frontal era tan perfecto, el beso tan profundo y su culo tan dulce que la ola me llevó sin resistencia alguna hasta la orilla: la sorpresa y la delicia de tener su culo me hicieron bajar la guardia. Esa misma noche, o quizá la siguiente vez que estuvimos juntos, le hice el elogio de su culo y del polvo que le había echado ahí. O bien estaba muy en las nubes o bien fingió, pero negó terminantemente que tal cosa hubiera sucedido. De nada valió mi insistencia. “¿Es que no te gusta por ahí? ¿Te da cosa?” terminé por preguntarle. “No es eso. Me gusta. Todo bien, pero cuando cuadre. No de golpe. Tengo que prepararme”. “Bueno, avisame cuando cuadre” cedí. Pero tuve un momento de morbo. “¿Él no te lo pide?” pregunté. “Demasiado. Es lo único que quiere”. Bingo. Secretos de alcoba. Así al pasar me decía algo a lo que le podía sacar mucha punta. “¿Lo único? Es absurdo. Tenés una de las conchas más divinas del mundo” dije sin demasiado énfasis, porque no era mi idea que me viera como alguien enfrentado a él. Ni en eso. El dato –que Gustavo sólo quisiera por el culo- venía a sumarse a los argumentos que yo encontraba para explicarme por qué Gabriela, aunque fuera tan amarreta conmigo, no pudiera dejar de verme. Lo nuestro, en efecto, había sido desde la primera tarde un gran homenaje a su concha. Y a una mujer le podrá gustar por el culo todo lo que se quiera, pero no se banca demasiado que le ignoren completamente la concha, y agradece desde el fondo de su alma el vérsela trabajada con un entusiasmo como el que yo ponía. Debo decir que después de aquella vez fantasmal, alucinatoria, me negó sistemáticamente el culo. Simplemente dijo no. “Hoy no” decía. Y si yo insistía: “Cuando cuadre”. Yo no insistía. Lo que tenía era demasiado como para arriesgarlo por lo que no tenía. El tema habría de resolverse, como veremos más adelante, en circunstancias de índole apoteótica.

Como dije, Gabriela piró con los espejos. Los espejos no tardaron en dejar su impronta en nuestra relación. Porque también a mí, de alguna manera, me cambiaron. Para decirlo de alguna manera: mis recuerdos de nuestros amores en el primer apartamento, en el que no había más que un espejo, para la cara, en el baño, son en primer plano, mientras que mis recuerdos de nuestros amores en el apartamento de los espejos, son en plano general. Una diferencia nada menor. Y no era que vernos en esos grandes espejos significara un estímulo adicional. Yo no necesitaba estímulo adicional alguno para estar al mango -más que al mango- con Gabriela. Pero por ejemplo: en el

primer apartamento nunca se me ocurrió desnudarla simplemente para contemplarla. En cambio, en el apartamento de los espejos la idea sí me vino, y me vino espiándola abstraída, aún vestida, contemplándose, contemplando su figura, posando para sí misma. Recuerdo venir de la cocina a la sala con la bandeja con vino y copas en las manos, y verla sacándose el abrigo frente al espejo, totalmente pendiente de su mirada, como si estuviera sola. Esa misma noche quizá, le pedí que se desnudara para mis ojos. Obedeció sin comentarios, como si estuviéramos haciendo un casting de desnudos, colocando prolíjamente su ropa en una silla, mirándose de reojo, ignorándome. Se sacó absolutamente todo. Era invierno, pero el apartamento, debido a las dobles ventanas y al piso radiante, era un gran invernadero. Como ya dije, no fue sino hasta que la vi absolutamente desnuda y bien iluminada, que comprendí la verdadera belleza de Gabriela. La primera vez que se desnudó para mí –y este desnudarse también se convirtió en una pequeña estación ritual- fue tal mi sorpresa ante su espléndidamente secreta belleza, que no atiné a más. Es decir: esa primera vez no atiné más que a pararme, acercarme, abrazarla, tocarla. Como que no pude seguir simplemente contemplándola. Era demasiado. Después sí, cuando pude dominar la emoción, la hice caminar para mí, levantar los brazos, darme la espalda, inclinarse hacia delante, abrir para mis ojos sus orificios, acariciarse las tetas, acariciarse, y, finalmente, pararse perfectamente desnuda frente al gran ventanal, irradiando su belleza de alabastro contra la oscuridad y la noche.

No, no fueron sin consecuencias en mí los grandes espejos. Ella los buscaba, cara a cara o de reojo, cada vez que componíamos una figura de pasión. Y puesto que ella los miraba, yo los miraba, buscaba en ellos no tanto la figura que componíamos, sino cómo al mirarse en ellos se corrompía la pureza de líneas de su rostro, cómo el morbo al verse arrodillada chupando una verga o siendo cogida por detrás afloraba en su mirada, o en un rictus de sus labios, o en ese ignorarme, ese sólo tener ojos para sí. Y ese ensimismamiento, ese goce en verse usada, en ver lo que el uso y el abuso dibujaba en su rostro, ese teatro para sí que sólo era posible para el espejo y al que yo sólo podía acceder a través del espejo, era lo que sí me afectaba, lo que me devolvía a mi rol de macho borroso, pero sobre todo de máquina de coger, de cogedor inagotable, de verga implacablemente abocada a buscar –inútilmente- el estallido de su goce. Sólo gracias a los espejos se me hizo consciente la dimensión épica, heroica, de nuestra erótica. Sólo gracias a los espejos y a la apertura hacia la profundidad de la noche a través de los

ventanales, hacia miradas distantes e hipotéticas, estadio terminal de su intensa connivencia con los espejos, comencé a comprender qué era lo que podía redimir esa imposibilidad de hacer estallar su goce a vergazos: cruzar la noche, atravesarla, alcanzar la otra orilla de la noche. Ya se verá qué es lo que quiero decir con esto.

En el momento cimero, en el ápice de pasión que alcanzamos en el período del apartamento de los espejos, nos veíamos una vez por semana. Sin esta frecuencia y regularidad, finalmente alcanzada cuando Gabriela se fue a vivir sola, sin este estabilizarse que me, que nos demostró que la pasión que nos unía era inmune a los demonios de la frequentación y del hastío, la perfección, es decir, los últimos extremos, no hubieran podido ser alcanzados. Sólo la exasperación absoluta del deseo, alcanzada y dominada, podía llevarnos a la cima. Y mientras trepábamos hacia lo sublime, jugábamos. En una de esas escalas hacia el fondo de la noche, sentado a los pies de la cama miro su cuerpo desfallecido en la penumbra dorada. “Hacete una paja” le digo. “Para mí”. Gabriela se acomoda, se pone un par de almohadas bajo la nuca, para verme mirarla pero también para verse mirándose en el espejo. Abre las piernas y me muestra la concha. Los labios se despegan y la concha se abre como una de esas grandes flores nocturnas saturadas de un perfume mortuorio. Se moja los dedos en la lengua. Se pajea. Se pajea con una frotación circular, energética, sin pausas, sin ritmos, maquinal, acelerando y acelerando. Se pajea tan torpemente como me chupaba la pija al comienzo –y nunca realmente aprendió a hacerlo con más arte. Se pajea como sin respeto por su cuerpo ni por el placer posible. Se pajea como si fingiera pajearse, pero sin saber hacerlo. Dale y dale y dale, sin parar, sin entrarse en el cuerpo, sin darse una pausa para meterse los dedos, todo por fuera. Mirándome mirarla, pero sobre todo mirándose mirarse. Suelta un jadeo áspero, como de ciclista subiendo una cuesta interminable. Se moja los dedos otra vez. Le veo la concha abierta como una boca que no consigue jalar aire, sin aliento. Y sigue, furiosa, hasta que de pronto cierra los muslos, como si una puntada de dolor, súbita, íntima, definitiva, la hubiera alcanzado. Eso fue todo.

Jugábamos. A mediodía normalmente yo tenía tiempo suficiente como para volver a casa, a comer y a descansar unos minutos. Después, de regreso a mis negocios, pasaba a un par de cuadras de donde Gabriela se había mudado a vivir sola. Una noche, en una de esas escalas para retomar fuerzas, le digo: “A mediodía paso cerca de tu casa. En realidad tendría un minuto para pasar a verte”. “Hacelo” me responde “pero avisame

antes de pasar”. No fuera cosa que su ex estuviera por allí, de visita. “No sería más que un minuto, como para un polvo rápido” le dije, indiferente, como quien negocia aspectos menores. “Hacelo” insistió desde su modorra de gata satisfecha. “Pero me gustaría hacerlo prescindiendo de tu placer. Me gustaría ser egoísta, indiferente a tu placer. Llegar, montarte, darte de punta, acabar, irme. ¿Qué te parece?”. No era un capricho, de verdad se me antojaba, por una vez aunque sólo fuera, cogérmela contrarreloj, despreciando nuestro más allá inalcanzable. “Bueno” dice “no hay problema”. “Pero me entendés ¿verdad? Cero consideración, cero culpa, como si te pagara”. “Mmm... hazelo” insistió una vez más. “¿Te lo bancás? ¿Llegar, echarte un polvo, irme? ¿Sin engancharte?”. “Me haría una paja después de que te fueras” ronroneó después de pensárselo unos segundos. Nunca lo hice. Con cualquier otra seguramente lo hubiera hecho. Como un jueguito más. Para alegrar los mediodías. Con ella no. Me era imposible. No me interesaba. Con ella sólo tenía sentido la cogida sin fin. Un quickie me hubiera frustrado. Me hubiera deprimido. Así las cosas.

Jugábamos. Jugamos también el juego del dolor. Primero fueron las mordidas en las tetas, después los tirones de pelo, después las cachetadas en las nalgas, me pareció evidente que en esa dirección podíamos ir más lejos. La tenía emporrada frente al espejo y le estaba cacheteando las nalgas cuando se lo dije: “Me gustaría tener una fusta para marcarte las nalgas. ¿Te gustaría?”. “Sí” dijo, desfalleciente. “¿Estás segura?”. “Sí, sí”. En realidad no creí que dijera en serio que le gustaría. En esos momentos, sabido está, se dice cualquier cosa con tal de echar leña al fuego. Pero fui a un sex-shop y compré una fusta. Era negra, de cuero, tensa, y silbaba en el aire como una mala serpiente. Estuve ensayando para soltar la muñeca. En realidad no me creía demasiado que fuera a ser capaz de darle en la dulcísima y finísima piel de sus nalgas con aquel maligno instrumento. Una cosa era retorcerle o morderle los pezones y otra cosa era darle con aquello, que debía de arder como sentarse encima de un brasero. Llegó la noche. Nos metimos como siempre en el rollazo hipnotizante de nuestros rituales. Olvidé la sorpresita. La recordé sólo cuando estábamos en la mitad de la noche, embotados de tanto coger. Se la mostré. “Tengo esto” le dije. “¿De dónde la sacaste?”. “La compré”. Se rió con risa de borrachita. “¿Me vas a zurrar?”. “Esa es la idea. ¿Te acordás que te pregunté?”. Se quedó como en blanco. Como concentrada en mantener el equilibrio. Temí que se desplomara y se durmiera. Pero no, sacudió la cabeza y dijo: “Dale”. Se puso en cuatro, mirándose al espejo. Me temblaban las piernas. ¿Y si le daba demasiado

fuerte y se enojaba y se iba a la mierda? Eso era lo último, lo peor posible. Renunciaba al presunto placer antes que eso. Me temblaban las piernas, pero la cara me ardía y la verga apuntaba al techo de ansiedad. Le solté un fustacito de morondanga. Inspiró aire ruidosamente por entre los dientes. “¿Duele? ¿Arde?” pregunté, solícito y maricón.

“Está bien” dijo, más que a mí a su reflejo en el espejo. Le solté otro, más fuerte. Apretó el culo y su sexo boqueó como el de una yegua a punto de ser cubierta. Dejó de mirarse, hundió la cabeza, como para concentrarse en el dolor. Le di otra vez ya casi con entusiasmo. Volvió a hacerme una gran guiñada con toda su entrepierna. Jadeaba ruidosamente. Allí estaban las tres rayas rojas sobre sus nalgas blancas como la luna. Llegó la cuarta, la de la locura, como decía Lezama. Allí ya solté la muñeca. Aulló, pero no huyó. Yo estaba fuera de mí. Lo que sentía era ganas de darle y darle, con ritmo, sin pausas, derecha y revés. Me contuve. No podía hacer eso. Cambié cantidad por calidad. Me coloqué de manera que la línea de fuego aterrizará dentro del canal. Gritó, pero no hurtó el bulto. Pero yo no podía hacerlo más. Tenía miedo. O en ese mismo momento me di cuenta de que ir hasta el final en esto no importaba, no realmente, no en lo esencial. Tiré la fusta, me prendí de sus nalgas, las tenía calientes como brasas. Le di la cogida de su vida. Como si quisiera perforarle el útero. Hasta que se derrumbó, como desmayada. Entonces me coloqué entre sus piernas y le seguí dando. No reaccionaba. Apenas balbuceaba algo ininteligible. Pensé que si estaba desmayada tanto mejor. Nunca me había cogido a una desmayada. Al acabar llamaría al 1727. Le acabé en el fondo del fondo. Desenvainé tan tieso como había envainado. Abrió entonces los ojos. “Arde” dijo. La puse boca abajo y cubrí los fustazos con crema Dr. Selby. Me tendí a su lado. Recuerdo que en medio de la modorra pensé que Gustavo, por ya no vivir con ella, se iba a perder el delicado espectáculo de las nalgas marcadas de su amorcito.

No volví a usar la fusta. No sentí ganas de hacerlo. No era por ahí. Lo que pasaba entre nosotros no necesitaba condimentos de ningún tipo. Se trataba de la verga clavada en su cuerpo. Enchufarme. Nada más. Cruzar la noche clavado en ella. Nada más me importaba, nada más quería. Cualquier otra cosa me distraería del viaje de simplemente cogérmela. Unos días después la llamé por teléfono. Le pregunté cómo iban sus nalgas. “Bien” dijo, inexpresiva. “¿Se ven todavía las marcas?”. “Sí” dijo, sin agregar ningún comentario. También había comprado en el sex-shop una tanga abierta, con puntillas, negra. O sea una bombacha con abertura en la entrepierna para facilitar el acceso al tesorito, o mejor dicho, a los tesoritos. Se la di, no la noche de la fusta, sino después,

otra noche. Se puso como loca, estaba encantada. “Está impresionante” decía. Se la puso. Me acerqué. Le metí mano. Encontré la abertura y le metí un dedo. Estaba ya mojada. Ponérsela la había mojado. “Se siente rarísimo” decía. “Es ideal para echar un polvo en un lugar público” le expliqué, como si hiciera falta. “Por ejemplo, estamos en una fiesta, te sentás encima mío y te la puedo meter sin más, delante de todo el mundo, sin sacarte la bombacha”. “Imaginate” decía alborotada. La probamos. Frente al espejo de la sala, apoyadas las manos sobre una silla, le entré desde atrás. “¿Ves? Fácil. Perfecto. Lo demás es echar el polvo sin demasiada bulla” le expliqué, didáctico.

“¿Cómo? ¿Así?” decía y culeaba suavemente contra mi vientre. “Ay, yo no aguento así” dice, alborotada hasta el fondo del alma. “Sos muy puta, Gabriela” le dije. Nunca había usado esa palabra. “Soy tu puta” aclaró, seria, sin dejar de medirme la pija. Fue la única vez que usamos la tanga. Se la llevó y no la vi más, la olvidé. Era obvio que no la íbamos a usar. En primer lugar porque no íbamos a ningún lugar público juntos, ni a reuniones, ni a fiestas, ni a nada. Ella seguía siendo la mujer de Gustavo. No quería que nadie fuera a decirle que la había visto con otro, conmigo. De todas maneras, aunque la situación estuviera dada para usarla, me entusiasmaba en el fondo tanto como quemarle las nalgas a fustazos, o sea: nada. Como dije, con ella era aquello y nada más que aquello: enchufarme en su cuerpo y darle hasta llegar al cielo. No que no me interesaran las fustas o los quickies medio públicos o privados. A mí me gusta todo. Pero con ella el paraíso era la duración, cogerla como si se pudiera nunca acabar, como si se pudiera ganar el cielo cogiendo. Me pregunto si alguna vez habrá usado el adminículo, con otro. Supongo que sí. No se tiene una pistola cargada si no está dispuesto a matar a alguien. Espero que lo haya disfrutado. Quizá hasta haya tenido el buen gusto de dedicarme el polvo.

Una noche, para cuando nos fuimos al dormitorio Gabriela ya estaba muy adobada. Quizá había venido sin comer en todo el día –un cuerpo delicado como el suyo no se consigue sin esfuerzos-, y el vino la puso en las nubes. Se desnudó mirándose en el espejo. Me paré detrás de ella y le agarré las tetas. Como para exprimírselas. Si hubiera tenido leche, que nunca tuvo en su vida, habrían chorreado con el apretón que les di. Caliente, frotó las nalgas contra mi erección. Le metí una mano entre las piernas. Estaba empapada. Acabábamos de performar el ritual de la cogida frente al ventanal. Estaba tan encandilada con su desnudez mancillada que no vio cuando muy discretamente abrí el cajón de la mesa de luz y me embadurné con crema la cabeza de la verga. Una y otra

vez me había negado el culo. “Cuando cuadre”. Ya me humillaba pedírselo. De ahí que me decidiera a ir por él. Puse la punta de la verga contra el ojete y empujé. Yo también seguramente estaba bastante adobado como para intentar así nomás, parados como estábamos -mala posición para lograr ese objetivo-, tratar de robarle el culo. Sin embargo la verga se deslizó con absoluta suavidad dentro de su cuerpo. Si estaba yo también un poco borracho, al sentir aquello se me fue todo. No podía creerlo. Parados, su espalda contra mi pecho, el cuchillo se había hundido hasta el mango. “Suave, Gustavo” dijo con voz pastosa, lejana, desde allá, desde su nube. Para ella yo no estaba ahí. Si tenía una verga en lo más profundo del culo seguramente Gustavo se la estaba cogiendo. Gustavo, que durante años, en una década de pareja, o más, le había dejado el culo suave como la seda. No protesté porque me llamara con el nombre de su amado. Por mí que me llamara como se le antojara. “Ahora sí te tengo bien cogida por el culo” le dije al oído. Me miró a través del espejo, sin verme. “No lo hagas durar” dijo, a mí o a su amado, vaya uno a saber. La tenía tomada de las caderas, y sin soltarla la hice arrodillarse sobre la cama. Me aburrí de cogerla por el culo. Ella como si nada, mirándose a los ojos. Fui todo lo grosero que se pueda ser cogiéndose un culo. Después la tendí sobre su espalda, me arrodillé entre sus rodillas y volví a cogérselo, ahora de frente. Me dejó hacer, con los ojos cerrados. Sentí que no era lo que quería, pero no se quejó en absoluto, aunque la cogida duró bastante más que mucho. Cogiéndomela sabía que sería la última vez que le diera por el culo. Fue como la fusta, como la tanguita. No era eso. Era su concha lo que quería. Su concha inútil, estéril, perfecta en su belleza de concha de adolescente, pequeña y fresca.

Hasta entonces había estado acompañándola a altas horas de la noche de regreso a su apartamento. De pronto ya no. Acabado todo, abrazados, nos dormíamos. Amanecía en mi cama. Amanecía es un decir. Nos despertábamos a cualquier hora. Me importaba que así fuera. Me hacía feliz. No tanto por el hecho en sí de poder mirarnos a los ojos con la primera luz del día. Más bien porque era como la victoria final sobre sus reticencias, sus negativas. Le preparaba desayunos majestuosos. Como de hotel cinco estrellas. Compraba cuantas delicias se me ocurriera que le pudieran dar placer. Mermeladas inglesas, croissants de manteca, jugos de frutas, fiambres ahumados, quesitos de sabores, té exóticos, porque el café no le gustaba. Le compré una bata de seda, y pantuflas suavecitas para que saliera del baño y desayunara a gusto. El mar azul y el sol brillando a full a través del fantástico ventanal eran testigos de nuestra felicidad.

Aquella sensación de “a ver cuándo nos vemos de vuelta” me la saqué de encima. Me sentía livianito, poderoso, dueño y señor de la maravilla alada. Salíamos a la calle del brazo, de la mano, sonrientes, cogidos hasta los tuétanos, caminando sobre nubes. Y sin embargo siempre tenía yo –no ella, sino yo- alguna excusa para no seguir juntos durante el día. O tenía que ir a trabajar –que en realidad, como el negocio era mío, ir o no ir era mi decisión- o, si amanecíamos juntos en domingo, había quedado en almorzar con mi viejita, compromiso ineludible, por supuesto. Y es que, en el fondo, la perspectiva de sumar horas con ella nomás por estar juntos, no me seducía. No teníamos absolutamente nada que decirnos. Y punto. Aún así, recuerdo que un domingo me desperté rumiando un sueño. En la modorra deliciosa del despertar se lo conté. Soñé que vivíamos juntos. Que vivíamos una vida perfectamente ordenada y apacible de pareja burguesa.

Verdaderamente era eso el sueño: la sensación de la vida plácida y confortable de un matrimonio burgués. Ella era mi mujer. El cuerpo que yo quería coger era mío, me pertenecía por contrato, por ley, sin dudas ni ansiedades. Y ella se veía feliz en tal condición. En el fondo, medio dormido como estaba, al contárselo le estaba ofreciendo matrimonio, o algo así. Pertenecernos, instalarnos en una vida en común. El relato no tuvo consecuencia alguna en ella, más allá de una sonrisa y un beso mimoso. Quizá ni se dio cuenta cabalmente de la oferta. Si ella hubiera cazado al vuelo la ocasión y hubiera presionado, no se si hubiera sido capaz de recular, de retractarme. Quizá captó la idea y la descartó de inmediato, al fin y al cabo ella era de Gustavo y de nadie más por los siglos de los siglos.

Una noche conseguí que me invitara a su apartamento. Se negaba siempre. Seguramente porque temía que Gustavo se apareciera. Pretendía quizá darle la imagen de que ella estaba siempre allí, toda amor, pacientemente esperándolo. Fui esa vez, no volví. El apartamento con espejos, mi cama enorme, los ventanales, ya eran parte esencial, eran mucho más que la escenografía de nuestros rituales. Todo tenía que ser como tenía que ser. Inútil desviarse ni un solo centímetro. Cuando estábamos cogiendo sonó el teléfono. “Es él” dijo “llama a esta hora”. “Atendé” le dije, por puro morbo. Gustavo –yo lo había padecido muchas veces- era inagotable hablando en persona o por teléfono, especialmente de noche, cuando tenía un par de tragos encima. Atendió. “Mmm.... mmm...” asentía cada tanto Gabriela. Le puse la verga, tensa e impaciente, contra los labios. Movió la cabeza rechazándola. Le impuse silencio con un gesto e insistí hasta que abrió la boca. Me puse a cogerle la boca. No tardó en chupar y lamer.

Cada tanto se la sacaba de la boca, respondía a algo que Gustavo le decía en el teléfono y volvía a mamar. La saqué y me masturbé, haciéndole señas de que tuviera la boca abierta para recibir la acabada. De pronto, al teléfono: “Sí, sí, es que estoy comiendo una manzana, acabo de llegar”. Gustavo había notado ruidos de boca. Volví a exigirle la boca abierta y seguí meneándomela. Amagué un par de veces soltársela en la boca, pero no lo hice. Cada vez mi santa abría más la boca, hasta casi dislocarse la mandíbula, y sacaba toda la lengua. Alfombra roja para su majestad el polvo. Después la hice arrodillarse sobre la cama y se la metí por detrás. Le di con ganas, hasta que empezó a jadear. Me hacía señas desesperadas de que aflojara. “Sí” decía al teléfono “es que estoy haciendo la cama mientras conversamos. Estoy recansada”. Cuando no pudo más dijo, al teléfono: “Esperá un momentito”, metió el auricular debajo de la almohada y se entregó a la cogida. Gemía de manera desgarradora con la cara enterrada en el acolchado, hasta que se aplacó. Zafó de mi verga, se sentó lo más lejos posible de mí, “Sos malo” dijo con el tono con que se recrimina a un niño que le arranca las alas a una mosca, después sacó el auricular de debajo de la almohada y retomó la conversación telefónica. “Tenía el agua en el fuego para hacerme un té” explicó. Yo le acerqué otra vez mi implacable erección a la cara. “Te dejo porque suena el timbre de abajo. Me pedí unas pizzas” terminó por decir, con voz de urgencia. Pensándolo, yendo más allá de las apariencias, no creo que en la actitud de Gabriela aquella noche lo que mandara fuera el morbo. Lo que creo es que las cosas habían llegado a un punto en ella en el que sus dos pasiones convivían separadas. El era el espíritu y yo era el cuerpo. Con él conversaba, conmigo cogía. No le era tan difícil, dada la circunstancia telefónica, mantener ambas cosas separadas aunque las llevara adelante al unísono. Cuando terminamos de coger esa noche estuvimos hablando de Gustavo. Una vez más le di mi opinión de que no tardarían en volver a vivir juntos. “Yo sé que no puede vivir sin mí” decía ella. Como buena hija de nuestra civilización católica y cartesiana, Gabriela si algo tenía perfectamente claro es que una cosa es el alma y otra cosa es el cuerpo.

Su cuerpo, ese su cuerpo, esencial, sin atributos, sin adjetivos, era también el cuerpo del sufrimiento. No era flaca, pero no le sobraba un gramo de reservas, quizás por eso continuamente estaba, o creía estar, enferma. Gripe de todos los colores, gargantas flamígeras, mononucleosis persistentes, enfermedades misteriosas, algo en la sangre, o en la médula, males misteriosos que nunca terminaba de explicarme, que nunca dejaba de consultar con especialistas, que nunca terminaba de tratarse, seguramente porque en

realidad no tenía nada. A mí todas sus letanías hipocondríacas me resultaban indiferentes. La usaba como si siempre estuviera diez puntos y como si, además, fuera irrompible. Me la cogí en todos y cada uno de esos estados de postración que declaraba. Mi pasión por la cópula interminable no hacía sino crecer. Nos internábamos cogiendo en lo más profundo de la noche y no acabábamos hasta quedar exangües. Creo que empecé a intuir que estábamos cerca del final, de la luz al final de la oscuridad. Mi hambre de su cuerpo se multiplicaba. Las escalas técnicas ya no necesitaban excusas, ni refrigerios, ni licores, ni bombones, ni tecitos, ni nada. Quedábamos simplemente tendidos jadeando, sudando gotas heladas, embotados hasta la incapacidad de la palabra. Entonces la tocaba, la lamía de arriba abajo, hasta los pies, la hurgaba con la lengua allí donde pudiera metérsela, le secaba la boca con mi boca, le mordía ya no las tetas sino todo el cuerpo. Gemía como en agonía pero no pedía basta, no se defendía con sábanas, ni almohadas, no huía al baño, se dejaba hacer. Me chupaba la verga, siempre milagrosamente erecta, como si de ella fuera a sacar oro líquido, se llenaba la boca con mis huevos, los paladeaba, los masajeaba con los labios y con la lengua como rogándoles que se vaciaran, que le soltaran de una vez encima la marejada. La oía susurrar para sí quién sabe qué, me oía a mí mismo murmurar palabras que ni yo mismo comprendía. Y recomendábamos. Le doblaba las piernas hasta que le apretaba las tetas con los muslos, completamente abierta, me enchufaba, le metía la verga dolorida de tan acalambrada en la concha ya irremisiblemente seca, gemía de dolor con el roce, paspada como estaba. Y vuelta a coger, a empujar, a darle de topetazos contra el fondo, como si aquella pared delgada en el fondo de su concha fuera lo que me separaba de la absoluta felicidad. Hasta que llegó el momento. Cuando menos se lo espera, cuando ya no se lo espera, llega el momento. De pronto, de repente, me di cuenta de que un resplandor mínimo y ceniciente, apenas un polvo de luz imperceptible flotaba en el dormitorio. Incrédulo, giré la cabeza y miré hacia la gran ventana del dormitorio, que daba sobre una lengua de ciudad y sobre el mar, y si, era cierto, aquello era la luz del cielo, la primerísima luz del día. Allá sobre la masa oscura de los árboles del parque, apoyada encima de la línea lejana y quebrada de los edificios, la orilla del cielo ya no era negra sino apenas plateada, de un plateado oscuro, era el final de la noche. Desmonté. Ella me miraba sin verme. Desconcertada por la interrupción. Miraba sin ver nada. Tironeé de ella para que se sentara, para que llegara a ver a través de la ventana. Al sentarla, consecuencia del interminable bombeo, se le escapó un pedo de vagina. “Ay” dijo, como si le hubiera dolido. Pero entonces vio. vio que, náufragos agotados, habíamos

alcanzado la orilla extrema de la noche. Miramos el resplandor lentamente creciente como si estuviéramos viendo el descenso de la divinidad, el comienzo del día del juicio final, como si la luz creciente fuera la de la tan esperada flota de naves extraterrestres, que finalmente se decidiera a descender sobre la Tierra. Nos miramos. En la luz cenicienta su rostro se veía demacrado, su mirada vacía, transparente, muerta. Seguramente tal y cual y como ella veía mi rostro. No teníamos más a dónde ir. La noche había sido cruzada en una sola, interminable cópula. Nada más era posible entre nosotros. No me sentía tan lúcido como para adivinar que aquello era el fin, ni por qué, pero sentía con desesperación, fría y cortante como un bisturí, que no teníamos más a dónde ir. Dejé de sostenerla y, carente de toda energía, quedó tendida sobre la cama, volví a levantarle las piernas y volví a clavarle la verga. Me miró como si comprendiera -sin fuerzas para decir que no- que iba a matarla. Le di como para matarla. Cuando volví a detenerme el dormitorio estaba ya totalmente iluminado por el resplandor. Clavado en ella tratando de recobrar el aliento, empecé a sentir que se le mojaba la concha. Increíble. Removiendo despacito comprobé que sí, que estaba húmeda. Pensé que quizá era una hemorragia. Palpé sin sacar la verga, pero no, no era sangre. De pronto, como una mano enguantada, toda su concha se cerró en torno al tallo. Pensé que quizá era una especie de espasmo de agonía. Cerró los ojos, abrió la boca y soltó un gemido ronco. “Sí, sí” pensé y retomé la cogida, y que pasara lo que tuviera que pasar. Pensé que estaría perfecto que reventáramos. Sus caderas se esforzaron torpemente por salir al encuentro de mis puntazos. Y gritó. Finalmente gritó. Gritó como nunca oí gritar a nadie en mi vida. Como si se le fuera, dolorosa, penosa, interminablemente el alma del cuerpo. Gritó sin contenerse, sin resollar, sin parar, con la boca tan abierta que le veía el fondo de la garganta. Las paredes del apartamento no eran demasiado gruesas, muchas veces oí conversar a los vecinos. Aquel grito iba a despertarlos, iban a venir a golpear la puerta, iban a llamar a la policía. Y el grito no terminaba, y yo no podía dejar de cogerla. Ni podía acabar. Ni podía nada. Todo lo que había era su rostro deformado por el grito, y el grito interminable. Hasta que quedó, por fin, inmóvil, totalmente inmóvil, la boca abierta, resollando apenas. Entonces me detuve. Sentí en todo el cuerpo el peso de aquella cópula absurda. Sentí el peso de la noche sobre mí, todo el peso, como una enorme lápida. Gabriela abrió los ojos y me miró. No entendía nada. Como si viniera de la luna. Saqué la verga, tensa, gigantesca, nudosa, venosa, monstruosa, y se la mostré. Incapaces de hablar nos mirábamos, incrédulos. Me tendí a su lado. Sentía que no había más nada, que estaba hecho, que lo habíamos logrado, que estábamos a salvo.

“Acabame” le pedí, con tan poca voz que, como tardó en dar señales, pensé que ni me había oído. Giró la cara hacia mí, me miró. “Con la mano. En la boca” mascullé, apenas moviendo los labios. Le costó despegar la espalda de la cama para inclinarse sobre mi vientre. “Suavecito” dije. Anillando la verga entre el pulgar y el índice la meneó muy despacio. “Ahora” dije. Se inclinó más para tomar el glande entre los labios. Empezó a manar el semen. Un chorro manso, a borbotones pesados, interminables. Gabriela mamaba, tragaba. Salía y salía más. Y Gabriela seguía mamando. Vino la oscuridad y no supe más.

Pocas veces más cogimos. No sé cuántas. Como dije, pocas cosas recuerdo con claridad de nuestra relación. Con total claridad sólo las cópulas. Y no todas. No las últimas, si es que las hubo luego de aquella. No podría decir a lo largo de qué lapso de tiempo se desarrolló nuestra relación. ¿Un año? ¿Dos? ¿Tres? Mucho menos puedo decir cuántos encuentros galantes tuvimos. ¿Quince? ¿Veinte? Debiera de haberlos marcado en el almanaque, como se hace con las cosas que importan. Como cuentan los condenados, marcándolos sobre la pared, sus días de prisión. Si no lo hice fue porque siempre, desde el comienzo, y excepto un breve lapso en el que pareció estabilizarse la relación, siempre, digo, tuve la sensación de que aquella, la que fuera, era la última vez, de que no nos veríamos más, de que nunca más querría verme o de que nunca más querría verla. Hacia el final de la cosa pocas veces me veía con Gustavo. Nuestra relación ya no era tan intensa. No por la cosa con Gabriela. Creo que sencillamente me había hartado de la logorrea galopante de Gustavo. No que cambiara la valoración que, en tanto intelectual, tenía de él. En absoluto. Pero ya se me hacía difícil soportar su egocentrismo mucho rato, quizá porque su egocentrismo se estaba haciendo más insoportable. De todas maneras, nos veíamos de tanto en tanto. Una vez, en casa, tarde en la noche, ya bien protegido por dentro contra el frío del mundo, recuerdo que me dijo, finalmente: “No creerás que no sé lo tuyo con Gabriela ¿no? No creerás que no lo supe desde el principio ¿no?”. Era la primera vez que tocaba directamente el tema. Me pregunté si aquello era un preludio, si habría decidido vengarse en mi cuerpo de la traición. Yo no sentía que lo hubiera traicionado, pero quizá él si lo sentía. Cada uno hace sus propias cuentas. Sabía, por nuestras muchas conversaciones, que Gustavo, aunque rara vez lo dejé ver, es un colérico, es capaz de cóleras tremebundas. Y no es que le tuviera miedo, él es un toro, pero yo no soy menos fuerte. “No sabía que lo sabías. No sabía que lo supiste desde el principio” dije, cauteloso, listo para lo que

viniera. Se quedó mirando la mesa. Daba la impresión de que todo le pesaba: el alma, el cuerpo, los años, las incomprendiciones, los kilómetros recorridos, los ríos de licor bebidos, todo. La mesa era de vidrio. Pensé que si arrancaba dando un puñetazo sobre la mesa, la destruiría. Pero no. Dijo: “¿Viste lo que siempre te dije? ¿Viste que es una diosa?”. Esa era su victoria. Que tuviera que confesar que él tenía razón, que confesara que si yo había oído sus ditirambos con escepticismo ahora sabía, fehacientemente, que había estado equivocado. Si esa era toda la factura que me pasaba, estaba más que dispuesto a pagarla. “Es única” dije, como quien habla de una yegua de carreras. “Es eso, como vos decís, una diosa” agregué. Me echó encima su mirada embotada. Asintió con la cabeza lentamente. Necesité darle algo más. “Pero fue frustrante. Traté de que fuéramos a más, le dije de vivir conmigo, pero siempre se negó”. Me miraba, y vi cómo me le iba de foco, cómo quedaba viendo a través de mí, viendo algo difícil de fijar en un microscopio: una verdad absoluta, esencial e inexpresable. “Me dijo que es sólo tuya, y que nunca va a ser de nadie más que tuya”. “Ah ¿viste? Eso también te lo dije” dijo esbozando una sonrisa ganadora. “Te dije que pase lo que pase siempre vamos a estar juntos” agregó, sabihondo y orgulloso.

Fui yo el que cortó. Decidí no llamarla más. Quizá porque ella había empezado otra vez, siempre sin explicación alguna, a espaciar nuestros encuentros, y me harté. Inicié otra relación. Decidí volver a incurrir en el absurdo del matrimonio. Después de tomar esa decisión, en algún momento la llamé y le pedí vernos. No le dije nada de mi nueva relación. Pero insistí. Le dije que era importante. En realidad quería cogérmela por última vez. Aceptó verme pero a mediodía y en su apartamento. Fui. Como de costumbre, no teníamos nada que decirnos, o éramos incapaces de decirnos nada. A minutos de llegar, después de un té, la tenía sobre mis rodillas, como siempre. Le mordí las tetas hasta que la tuve en las nubes. Cogimos. Sólo recuerdo esto: yo estaba tendido sobre su cama, con la verga apuntando al techo, esperando que se montara sobre mí, e hizo algo que nunca antes: desnuda ya, parada al lado de la cama, se mojó los dedos con saliva, abrió las piernas y se masturbó con fuerza. Esa masturbación absurda y circular, como apurada, que una vez me ofreció en espectáculo. Pero ahora sólo fue una muestra, una especie de parodia, como el changador que se escupe las manos y se las frota antes de comenzar con la faena. Nunca se había permitido antes un gesto así, gratuito, de avidez y de desparpajo. Después montó y se la clavó, y empezó a frotar su pubis contra el mío. Al empezar a sudar masculló, entredientes, con convicción: “Esto sí es una

verga. Esto si". No sé qué quiso decir. Quizá había estado cogiendo con alguien menos entusiasta, o menos dotado, y quiso decirme que tenía bien claro el valor de lo mío, de lo nuestro. Algo así. Pasaron cuatro o cinco años antes de que volviéramos a vernos las caras. Nos cruzamos en la calle. De frente. No podíamos eludirnos. Nos saludamos. Nos detuvimos un momento. Se veía igual. Para ella los años decididamente no pasan. Yo sé que me veo cada día más decrepito. Ella va a llegar a vieja y se va a ver igual, pero no como si la hubieran embalsamado, o momificado, sino como si la hubieran plastificado, convertida para siempre y definitivamente en una muñeca impecable. Pensé por un momento en invitarla a tomar un café, pensé que quizás era ya tiempo de que pudiéramos hablar de lo que habíamos vivido. Pero no lo hice. En el fondo sé que ni siquiera llegando a viejos vamos a ser capaces de decirnos tranquilamente qué fue todo aquello. Lo nuestro estuvo, está, estará signado por el silencio. De todas maneras, mejor así. Quién sabe con qué podríamos encontrarnos si lo intentábamos, quizás con algo letal. Yo por lo menos tengo esto, tengo la escritura, que me sirve –y con eso es suficiente- para roer, de a ratos, los recuerdos. Ella no tiene nada. No tiene, estoy seguro, ni la menor idea de qué pasó entre nosotros. Y no creo que se haga preguntas al respecto. Es una diosa, pero una diosa idiota.
